

VARAAMO

CÉSAR

AIRA



¿Qué relación puede haber entre un par de billetes falsos y una obra maestra de la literatura? Varamo encuentra esa relación y conduce a sus lectores hacia el mayor disparate mediante pistas lógicas que van dejando en evidencia el circuito de la producción literaria. Un día de 1923, en la ciudad de Colón (Panamá), un escribiente de tercera advierte que le han pagado su sueldo con dos billetes falsos. Esta catástrofe culminará, en menos de doce horas, en la escritura de un poema clave de la literatura centroamericana: “El canto del niño virgen” por parte de este oficinista que jamás escribió ni leyó poema alguno. César Aíra ha escrito, una vez más, uno de los delirios más racionales de la literatura argentina.

**Lectulandia**

César Aira

**Varamo**

ePub r1.0

Titivillus 03.01.15

César Aira, 1999

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Un día de 1923, en la ciudad de Colón (Panamá), un escribiente de tercera salía del Ministerio donde cumplía funciones, al terminar su jornada de trabajo, después de pasar por la Caja para cobrar su sueldo, porque era el último día hábil del mes. En el lapso que fue entre ese momento y el amanecer del día siguiente, unas diez o doce horas después, escribió un largo poema, completo desde la decisión de escribirlo hasta el punto final, tras el cual no habría agregados ni enmiendas. Para terminar de cerrar sobre sí mismo este lapso, debe decirse que nunca antes, en su medio siglo de vida, había escrito un solo verso, ni se le había ocurrido ningún motivo para hacerlo; tampoco volvió a hacerlo después. Fue una burbuja en el tiempo y en su biografía, sin antecedentes ni consecuentes. La inspiración quedó dentro de la acción, y viceversa, alimentándose una a la otra y consumiéndose entre sí, sin dejar restos. Aun así, no habría pasado de ser un episodio privado y secreto si su protagonista no hubiera sido Varamo, y el poema resultante la celebrada obra maestra de la moderna poesía centroamericana *El Canto del Niño Virgen*.

Origen y culminación de la más arriesgada vanguardia experimentalista en la lengua, el enigmático poema (que se publicó en forma de libro pocos días después, para completar el mito de lo súbito que lo ha envuelto desde entonces) ha sido repetidamente calificado de milagro inexplicable, por las insuperables dificultades de contextualización que impone al crítico o al Historiador de la literatura.

Pero todo en el mundo tiene su explicación. Si queremos encontrarla en este caso, debemos recordar que así como el episodio tiene un final (el texto del poema) también tuvo un comienzo, tan simétrico como lo es el efecto a la causa, o viceversa. Ese comienzo estuvo, ya lo dijimos, en el momento en que Varamo, terminado su horario de oficina, pasó por la caja a cobrar el sueldo. Y lo que volvió un comienzo, un comienzo de algo todavía sin forma y sin nombre, a este trámite banal, fue que esa vez le pagaron con dos billetes falsos. (El monto eran doscientos pesos; le dieron dos billetes de cien).

El objeto de este relato es presentar en su despliegue natural la serie completa de hechos que fue de una cosa a la otra, desde el momento en que tomó los billetes hasta que el poema estuvo terminado. Los dos extremos tenían en común una cualidad de ajeno a su tren habitual de pensamiento. Nunca había tenido en las manos, ni visto, un billete falso; podía imaginarse perfectamente lo que era una falsificación, pero jamás había surgido cerca de él nada que hiciera pensar en su posibilidad real. Del mismo modo, nunca había escrito poesía ni la había leído, ni había prestado atención a la existencia de ese género literario, o cualquier otro. Pero una vez que pasó una cosa, pasó la otra, y entre la primera y la segunda se extendió una cadena de causas y efectos perfectamente justificada. Lo que no estaba justificado era el principio, y el fin, y ese arbitrario radical envolvió a la serie y la aisló, encadenando sus causalidades internas con una lógica de hierro. Por otro lado, el carácter heterogéneo de los extremos entre sí (¿qué relación puede haber entre un par de billetes falsos y una obra maestra literaria?) creó una proliferación incontrolable de pasos

intermedios. Compacto de sentido, entonces, pero amenazado desde dentro por el infinito. Salió del Ministerio abrumado por la preocupación. Se había percatado de la falsificación en el momento mismo en que el cajero le tendía los billetes, con movimientos mecánicos mil veces repetidos; pero no había atinado a nada, y seguía en la misma perplejidad. ¿Qué hacer con esa plata, a cuyo breve radio de alcance, por lo demás, estaba limitado todo su poder adquisitivo en el lapso de un mes? Su mentalidad de burócrata le había impedido reaccionar en el momento, antes de tocar los billetes, y ahora que se los había metido en el bolsillo ya era tarde. Había sentido que en la ilegalidad de esos billetes había implícito un mandato de silencio y discreción. Como casi todos los empleados públicos, no hacía nada especial para ganarse el sueldo, al que por lo mismo consideraba una especie de dádiva, y todo su instinto había clamado por agachar la cabeza, aceptar, callarse. De todos modos era una cifra miserable, una verdadera limosna del Estado para con sus privilegiados ciudadanos de clase media que no estaban en condiciones de hacer nada productivo. Claro que ahora su status podía modificarse, sin salir de la esfera del Presupuesto Nacional: si lo agarraban cambiando plata falsa iba a ir preso. Literalmente no sabía qué hacer, y apenas si podía caminar: los pocos cientos de metros que debía recorrer hasta llegar a su casa se le aparecían como una nueva vuelta al mundo ¿Qué hacer, qué hacer? Ni siquiera se le ocurrían posibilidades. Era una situación demasiado extraña. Hasta entonces en Panamá nunca se había sabido de ninguna falsificación de billetes. Además el ritmo de emisión era muy parsimonioso, en la quieta economía del país. Pero, si era un predicamento enteramente nuevo, ¿cómo es posible que él lo hubiera captado al instante, en todas sus consecuencias? Sólo podía explicarse como reactivación de una situación arquetípica, que aun alguien tan poco mundano como este tinterillo llevaba impresa en el fondo del cerebro. Y eso explicaba a su vez que lo abrumara tanto, porque podía preguntarse: de toda la humanidad, ¿por qué a mí?

Sea como fuera, había seguido moviéndose dentro de su parálisis y ya estaba en la calle. Frente al Palacio de los Ministerios del que salía estaba la plaza, centro vital de la ciudad. A esa hora el último sol de la tarde encendía los penachos de las palmeras, y debajo, en la sombra misericordiosamente fresca, hormigueaba una multitud en movimiento. Salían en oleadas los empleados de los edificios públicos que rodeaban la plaza, y la cruzaban en todas direcciones, había parejas que se encontraban, colegiales ruidosos dando vueltas, viejos tomando el aire, niños apurándose a concluir sus juegos antes de volver al hogar. Él también debía atravesar la plaza, pero antes tenía que cruzar la calle, y lo hizo con precaución: en ese momento los choferes de los jefes ministeriales encendían los motores de los autos y realizaban toda clase de maniobras para ubicarlos del modo que les resultara más cómodo a sus patrones. El ruido era atronador, y no hacía más que sumarse al zumbido multiplicado de cientos de voces y llamados, más el coro de pájaros en los árboles, que a esa hora se desgañitaban. A todo lo cual se sobrepuso de pronto una nota aguda y sostenida, que Varamo reconoció casi sin necesidad de registrarla en la conciencia, y le hizo

alzar la vista hacia el otro lado de la plaza. Por la larga avenida central pudo ver que efectivamente allí había comenzado la ceremonia vespertina del arriado de la bandera. Justo enfrente del Palacio de los Ministerios, plaza por medio, estaba la Gobernación, y de sus portales todas las tardes a las cinco en punto salía una formación de cadetes que procedían a arriar la bandera que habían izado, en una ceremonia exactamente igual pero inversa, a primera hora de la mañana. En ambas ocasiones, el lento recorrido ascendente o descendente del pabellón era acompañado por esta nota sostenida del clarín que ahora estaba dando el la del bullicio. El sonido agudo de esa única nota se hacía muy íntimo y cercano, y se independizaba de los soldaditos que vistos a la distancia parecían miniaturas, entre otras cosas por el colorido chillón de los uniformes, la postura metálica de «firmes» que los deshumanizaba, y la formalidad impecable de su arreglo personal, sin un pelo fuera de lugar, tan en contraste con la exuberancia tropical de todo lo que los rodeaba.

Cuando cruzaba la calle, prestando la máxima atención a los autos, que se desplazaban lentísimos pero en todas direcciones, uno retrocedió y avanzó y hasta pareció ir de costado alrededor de él, casi como si se propusiera interceptarlo. Era una de las Hispano-Suiza importadas muchos años atrás por los franceses, un enorme aparato negro de ocho metros de largo que carraspeaba y tocaba la bocina y parecía encarnizado con él. En la tensión nerviosa en que se encontraba, tuvo un momentáneo sobresalto de alarma, como si un extraño monstruo mecánico lo hubiera tomado por presa. Pero cuando se decidía a rodearlo por entero, poner distancia y llegar al fin, con una carrera si era necesario (y ya estaba reuniendo el impulso para correr), a la acera de la plaza, quedó al lado del asiento del chofer y vio que éste le estaba gritando. Se congeló. Le estaba hablando a él, y los raros movimientos del auto debían de haber tenido por objeto ubicarse a su lado; él mismo los había hecho más inexplicables en su intento de seguir de largo. Saludó al hombre con una sonrisa nerviosa, pero en el acto de reconocerlo otras varias alarmas lo asaltaron. Los motormen de los Ministerios eran una cofradía de quinieleros que tomaban a crédito las apuestas de empleados como él. Y Varamo sufría de una seria amnesia con sus deudas de juego, por lo que no podía sorprenderle que le recordaran una en el momento menos pensado. No sería raro que fuera el caso, ya que estos sujetos debían de saber que hoy era día de pago y que él tenía plata en el bolsillo. Pero justamente... Y sin embargo no: cuando al fin logró entender lo que le estaba diciendo, vio que se trataba de lo contrario. Quería pagarle un dinero ganado con los números; no ganado por él sino por su madre, que era una contumaz jugadora y no perdía ocasión de «hacer» unos números soñados o calculados, todos los días, cuando venía a la zona de la plaza a hacer las compras o charlar con sus amigas. Esta vez había ganado algo, y el pasador quería enviarle el premio con el hijo; era un tanto irregular usar un intermediario pero la misma irregularidad del juego clandestino producía estas repentinas urgencias por pagar todas las deudas, cobrar todos los créditos, quedar en cero, y empezar de nuevo. Demasiado aliviado para protestar, Varamo estiró la mano

y tomó lo que le estaba dando el chofer, que era su propio capitalista.

Sólo entonces el pesado automóvil terminó de avanzar, o retroceder, y él pudo seguir en línea recta hasta la acera. Sólo cuando estuvo allí miró lo que había apretado nerviosamente con la mano, y vio que era un billete de un peso, desteñido, tan viejo y sobado que ya ni siquiera se arrugaba, y, envolviéndolo, un papel, una hoja de cuaderno doblada en dos. En ésta el quinielero había anotado la jugada ganadora, seguida por las combinaciones que no habían acertado, más el balance de pérdidas y ganancias. Varamo estaba acostumbrado a servirle de correo a su madre en estas maniobras, por lo que no se molestó en echarles a las anotaciones más que una mirada distraída antes de meter todo en el bolsillo y olvidarse. Pero era un documento interesante, y habría dejado perplejo a un observador no iniciado. Por lo pronto, en el papel no había un solo número, pese a que no se trataba de otra cosa. La prudencia hacía que estos hombres recurrieran a un código, y cada número era representado por una palabra. El papel tenía el aspecto inocente de una carta, de sentido incoherente y escrita en torpes letras de imprenta; semianalfabetos, estos choferes se habían hecho escribir una tabla modelo, y copiaban de memoria, con todas las imaginables deformaciones. Si fuera él el jugador (y a veces lo era), habría descartado esa rendición de cuentas y habría confiado en la buena fe del pasador, pero sabía que su madre se pasaba un buen rato descifrando el galimatías, y no quedaba satisfecha hasta no haber confirmado que cada jugada se ajustaba a sus intenciones originales, y a los mandatos del azar.

Alzó la vista, con la mano todavía en el bolsillo, y la luz lo inundó, como un baño sagrado. La luz era lo que hacía funcionar al mundo; el mundo era Colón; Colón era la plaza. La luz disolvía las preocupaciones creadas por su gemelo oscuro, el pensamiento. ¿Por qué pensar? ¿Por qué crearse una cárcel de problemas cuando la solución estaba tan cerca como abrir los ojos? La luz que por un lado disolvía, por otro condensaba: a su acción se debía la presencia de esas estatuas de colores que eran las plantas, la gente, los animales, las nubes y la tierra. Ésta era la hora en que todos salían, todos iban a buscarse al centro de la ciudad, y se abrían todos los ojos, los de los vivos y los de los muertos. Cada hoja de árbol tenía su equivalente en una pisada humana, y los transparentes laberintos de la tarde conducían a la felicidad. Pero Varamo tenía esos dos billetes malditos en el bolsillo, como dos alas de murciélago abanicando una aterciopelada tiniebla; le pesaban como pensamientos que todavía debía pensar. Allí fuera, frente a él, estaba la vida, ¡y no podía vivirla! Debía de ser la cosa más fácil del mundo cambiar dos billetes, pero no podía empezar siquiera a planificar un curso de acción. Se ahogaba en un vaso de agua, lo atemorizaba deslizarse hacia el latido oscuro de las ideas, como si fuera a perder para siempre lo visible y la realidad. Sacó la mano del bolsillo y con un gesto ineficaz trató de asir la célula flotante de la luz. Dio un paso y pensó: ¿Por qué me tenía que pasar esto a mí? ¿Por qué a mí? Y en cada uno de los cientos de hombres, mujeres y niños que circulaban por la plaza parecía estallar en cerebros irisados el estribillo



burlón «A mí no», «A mí no».

Se sentía un poco mareado, un poco fuera de sí, lo que le resultaba comprensible dadas las circunstancias, y se detuvo, mirando con los ojos entrecerrados. Frente a él, y casi hasta donde se extendía la vista, tenía, partiendo hacia la derecha y la izquierda de la avenida central, y en realidad dando toda la vuelta a la plaza, una cerrada fila de señoras indígenas sentadas en el suelo con su mercadería expuesta sobre mantas. Vendían de todo, desde fritangas hasta arracadas de oro. A él, previsiblemente, le había bajado la presión, y un bocado le vendría bien para regularizarse. Se acercó a una de las señoras, la saludó y estuvo observando durante un instante su exposición, hasta señalar un dulce rojo en forma de dado. Ella lo envolvió en un papelito y él se inclinó a tomarlo. De inmediato lo desenvolvió, se echó el papel al bolsillo para no ensuciar la acera, y sostuvo el pequeño cubo rojo con el índice y el pulgar de la mano derecha. Tan distraído estaba que tardó un momento en recordar que debía pagar, y entonces con la mano izquierda, haciendo una incómoda torsión, empezó a revisarse los bolsillos. ¿Pero cómo pagar? No tenía monedas... Hasta que se acordó del peso que le había dado el chofer, y se lo tendió a la vendedora. Con cara de horror, ésta se negaba a tomarlo. ¡Un peso era demasiado! Ella no tenía cambio. ¿No tenía más chico? Negó con la cabeza, tristísimo. Por un momento estuvo tentado de mostrarle uno de los billetes de cien, pero juzgó que sería una imprudencia, además de lo difícil que sería buscarlos y sacarlos del bolsillo con la mano equivocada. Ella al fin le arrebató el peso, decidiéndose a poner en marcha un dispositivo de obtención de cambio al que la necesidad las había acostumbrado. Ya se estaba acercando, como alertado por un instinto especial, el instrumento de esta maniobra, que era un caballero lisiado. Este hombre, cuyas dificultades de movimiento lo hacían el menos adecuado para el trabajo, se ganaba la vida de este modo, lo que indica que en la sociedad no hay necesidad tan pequeña que no permita que alguien obtenga de ella su sustento. Con el peso en la mano se alejó por la fila de indias, sacudiendo sus piernas inútiles, recuperando con balanceos convulsivos del torso y molinetes de los brazos el equilibrio amenazado. Las interpeladas protestaban, ponían el grito en el cielo, pero, mal que bien, una de cada cinco se solidarizaba, en la medida de sus posibilidades, y el peso fue dividiéndose en fracciones cada vez menores; debió alejarse casi hasta la esquina, y mientras lo esperaban la vendedora, tanto como para llenar el tiempo, hizo un comentario sobre el trabajo que les daba el cambio a todas ellas, trabajo de Sísifo porque, por más que hicieran, se resolvía en cero al fin de la jornada y había que recomenzar al día siguiente.

Cuando volvió el tullido con el cambio, y se lo dieron, Varamo se deshizo en disculpas y agradecimientos, y no pudo hacer menos que quedarse a escuchar el discurso del hombre, que estaba cubierto de sudor y descompuesto por el esfuerzo, al punto que apenas si se le entendía. Lo que quería decir, en respuesta a las disculpas de Varamo, era que el cliente no tenía la culpa. La culpa era de la autoridad monetaria, que no imprimía lo suficiente y había llevado al público a la aberración de

apreciar más las unidades fiduciarias cuanto más baja fuera su denominación. Era una situación injustificable por donde se la mirara. Las prensas oficiales no estaban sobrecargadas ni mucho menos, y aunque lo estuvieran podían hacer horas extra para satisfacer una exigencia comunitaria que ya se hacía clamorosa. Lo que pasaba era que estaban demasiado ocupados imprimiendo billetes de mil con los que pagarse sus propios sueldos, para prestar atención a las fracciones que harían «circulante» real ese dinero. Era realmente increíble que no se tomaran la molestia de hacer tan poco, tanto podían ganar en la simpatía de sus mandantes. Pero podía explicarse por su falta de atención, por su distancia de las realidades de la gente común. Si no fuera por eso, ¿qué les costaba mandar imprimir todo el cambio chico que necesitara una generación o dos, y hacer un poco más llevadera la vida de los panameños? ¿No les pagaban para eso? Los cargos de gobierno no eran prebendas. Y si argumentaban que fabricar monedas era más caro que imprimir billetes, ¿qué les impedía hacer billetes? ¿Dónde estaba escrito que los valores bajos debían necesariamente adoptar el formato de costosas monedas, y los altos el de baratísimos billetes? ¿No podía ser al revés? ¿No era más lógico que fuera el revés?

Se retiró hacia el centro de la plaza; se sentía agobiado por la preocupación, y la gente con la que se cruzaba se sucedía como impresiones no adherentes; en algún caso esto pudo tener consecuencias para su reputación, ya que seguramente había conocidos, y alguna de esas señoras que habrían podido ser muchos años atrás sus novias, si ahora no las saludaba, pensarían que no sólo era un maleducado y un fracasado, sino que había llegado al fondo de su viaje personal. Varamo era de esos hombres que pueden servir para una demostración. Un hombre maduro, de su edad (la edad clásica para hacer un balance), suele decir «yo de joven tenía muchos problemas; si no los hubiera solucionado, o si la suerte no me hubiera ayudado, hoy estaría muerto, o sería un mendigo, o estaría internado... o peor aún, estaría sobreviviendo con un empleo de favor, y seguiría en casa de mi madre, solo, sin familia...». Este último era el caso de él, un verdadero tópico, un caso de manual. Alzó la vista. Era imposible no ver a los marineros que a esa hora acudían a la plaza, y las prostitutas que los esperaban. A su modo, ellos también buscaban amor. Pero lo buscaban en el momento, no en el destino. Ya estaba en el centro, donde debería estar el monumento que no se había construido, y mirando a su izquierda vio la catedral, con las puertas abiertas; como había quedado en línea perfectamente perpendicular al altar, pudo atisbar allá al fondo de la oscuridad a la Virgen envuelta desde abajo en la luz rojiza de los cirios votivos. Y detrás de ella, abriendo los brazos como un pájaro siniestro en las tinieblas, Cristo, el Dios que había nacido de ella *quasiper tubum*, sin afectarla. Todos iban a buscar consuelo en la Virgen, o estímulo, o inspiración, cualquier cosa, porque la vida era imposible sin el auxilio de algún ser sobrenatural. Pero esos seres no existían más allá de las imágenes y la fantasía y la superstición. Varamo siempre se preguntaba cómo hacía la gente para vivir. Ahora creyó poder respondérselo: podían vivir simplemente porque no necesitaban preguntarse cómo

harían para cambiar sus billetes falsos.

En ese momento una voz chillona que gritaba su nombre y lo adornaba con toda clase de insultos obscenos lo sacó de su ensoñación. Era un loco, viejo conocido de todo el mundo y personaje tradicional de la ciudad. Pintoresco, pero incómodo, porque su locura consistía en reclamarle a cualquiera una suma de dinero que supuestamente le debían, que en su mente alucinada le debían realmente, a juzgar por la convicción con que gritaba. Pedía la devolución de una suma de dinero, grande o chica, que él había prestado, y que éste o aquél, cualquiera, se negaba a pagarle con intolerable pertinacia maligna, lo que lo llenaba de una vociferante indignación moralista, renovada mil veces por día con cada conocido con el que se topaba. Vivía en su realidad propia. Era inútil discutirle. Algunos le pegaban, otros se lo tomaban a la risa. El único modo de sacárselo de encima era darle una moneda diciéndole «a cuenta»; daba resultado, pero era contraproducente a largo plazo porque lo confirmaba en su delirio y la próxima vez se encarnizaba con esa víctima, apoyándose en el «a cuenta»; no obstante, muchos lo hacían, para escapar en el momento, y fue la solución a la que recurrió Varamo. Empezó a buscar una moneda, y con la mano izquierda le resultaba difícil, tenía que hacer una torsión de todo el cuerpo para meterla en el bolsillo derecho de la chaqueta o del pantalón, donde, por un atavismo de diestro, metía todo. Al fin logró sacar una, con la punta de los dedos, y se la dio, pensando: Busco amor, y encuentro a un loco agresivo. El loco se apartó murmurando frases inconexas y malhumoradas: «Me la dio con la izquierda, el hijo de puta...». En Colón, ciudad medularmente católica, persistían protocolos litúrgicos como ése. ¿Pero acaso no vio que no podía hacer otra cosa?, pensaba Varamo.

Cuando quedó solo, y retomó la marcha, se preguntó por qué no podía usar la mano derecha, y en realidad toda la mitad superior derecha de su cuerpo. Trató de concentrarse, o de desconcentrarse... Ahí fue que se dio cuenta de que estaba realmente distraído. Porque lo que pasaba era que había conservado en la mano derecha, tomándolo con las puntas del pulgar y el índice, el cubito de dulce rojo. Lo llevaba a la altura de la cabeza, con el codo flexionado. El calor había derretido buena parte del cubo hasta hacerle perder las aristas, y el jugo azucarado había corrido bañándole la mano, y más allá, por debajo de las mangas de la camisa y la chaqueta, había fluido en hilos pegajosos por el antebrazo. Buscó urgentemente con la vista dónde tirarlo, pero en la plaza, ya lo había notado muchas veces antes, no había cestos de basura; otra falla de las autoridades, que lo obligaba a llenarse los bolsillos de papeles inútiles. En este caso el bolsillo estaba descartado, si no quería hacer un enchastre irremediable, así que se acercó a uno de los canteros, con la intención de tirarlo entre la hierba, donde nadie fuera a pisarlo. Pero hubo una solución mejor, porque estaba junto a un arbusto alto y pinchó el dulce en la punta de una de las ramas. Quedó como una especie de flor informe y carnosa, después de todo no tan ajena a las posibilidades de la caprichosa naturaleza tropical. El brazo le había quedado paralizado por la tensión inconsciente. Lo sacudió, esperando que la sangre

volviera a circular. Se miró la mano, de la que separaba al máximo los dedos para evitar la pegajosidad: la tenía glaseada de rojo, brillante, como metida en un guante de vidrio. Empezó decidido la marcha hacia su casa, malhumorado sin saber bien por qué. Estaba a mitad de camino de la avenida diagonal que salía a una de las esquinas de la plaza, cuando se produjo en el aire (¿o era en su cabeza?) un cambio total; antes de saber ninguna otra cosa, supo que le habían quitado de encima un peso abrumador, un peso de tiempo. ¿Qué era? Todo había cambiado sin que cambiara nada. Buscó dentro de él, cada vez más hondo... Buscó en los minutos anteriores, en los hechos, en los recuerdos, en las sensaciones; fue vertiginoso, y por suerte instantáneo, porque ya había caído en la cuenta de lo que había pasado: había cesado la nota del clarín iniciada al empezar a arriar la bandera. Se dio vuelta a mirar en dirección del mástil y, efectivamente, el soldado músico apartaba el instrumento de los labios, mientras otros dos tomaban la bandera por las puntas, como una sábana, y caminaban uno hacia el otro doblándola por la mitad, después en cuatro, en ocho, en dieciséis... Todo este tiempo la nota penetrante había estado atravesando su cabeza (no podía ser bueno para la salud) y se preguntó si habría pasado tanto tiempo como le parecía. Le hizo pensar en uno de esos lapsos mágicos o burbujas de tiempo en los que para uno transcurre toda una vida, mientras que para los demás apenas si pasó el instante que tarda una manzana en caer de la rama al suelo. Pero quizás siempre era así. A la ley de la gravedad se la asocia por lo común con la velocidad, sin tomar en cuenta las prodigiosas lentitudes que rige también, cuando quiere. De pronto el aire parecía vacío, y en él Varamo empezó a moverse más rápido. Liberada de la nota, su mente, en un extraño cortocircuito, decidió por sí misma no pensar más.

¿Qué problema subsistía? Ninguno. Esos estúpidos billetes falsificados. Equivalían a nada, y realmente podían terminar siendo nada. En el continuo de la realidad del mundo, en alguna época remotísima, se estableció una heterogeneidad radical entre dos cosas cualesquiera. Una especie de diferencia tan irreductible que no hubo ningún concepto que abarcara las dos cosas. Ningún término, salvo el Ser. Ésa fue la génesis del Ser, y a partir de ahí hubo pensamiento y filosofía, por lo menos hasta esa tarde en Panamá. Los dos billetes falsos habían venido a imponer también una heterogeneidad. Quizás había sonado la hora del fin del pensamiento. Pero si uno no pensaba, ¿en qué podía ocupar su tiempo?

Cuando llegó a su casa se tiró vestido en la cama. A esa hora solía hacer una siesta, pero hoy no era por el descanso habitual, reparador del apetito de la cena, por lo que se acostaba, sino por un agotamiento nervioso y un malestar que le impedía literalmente seguir en pie. Cayó como una piedra, sin poder siquiera sacarse el traje oscuro ni los zapatos ni el sombrero. De inmediato empezó a retorcerse en una especie de pesadilla despierta, cubierto de sudor, los ojos abiertos porque si los cerraba tenía náuseas, y un bulto durísimo que se le incrustaba en el costado, a la altura de la cadera, cuando giraba. Buscó en ese lugar con una mano que se abría y cerraba en contracciones involuntarias, y tuvo que revolver entre los nudos húmedos

que hacían la ropa y las sábanas, hasta tocar un objeto tibio muy pulido, que se resistía a dejarse aferrar. Al fin logró arrancarlo de su sitio y tiró y empujó a ciegas, con toda la mano porque los dedos no le obedecían, como un manco acostado dentro de un hojaldre blando boxeando con una ostra, hasta que el objeto fue expulsado de la cama. Era un reloj de plata de dos tapas, que voló al suelo y rodó con un rumor sordo, largamente, sin encontrar ningún obstáculo que lo detuviera. Al fin tocó la pata del ropero. El impacto hizo abrir las dos puertas del mueble, que no ajustaban bien, y el espejo de cuerpo entero que cubría el revés de una de ellas barrió en semicírculo todo el cuarto hasta quedar detenido en dirección a la cama y a los ojos de Varamo. No se reconocía en esa figura horizontal que pataleaba y gemía.

Aunque la casa estaba en silencio, llegaban al cuarto sonidos de toda clase, todos irreconocibles. Algunos debían de venir desde muy lejos, otros eran proyecciones psíquicas de ruidos que habían hecho el camino de su percepción en otro momento y en otro lugar. Crujidos extraños, adelantándose a golpes tan habituales que la conciencia no los registraba, y muy por debajo de todos ellos el susurro de su propia respiración. Algo suelto, que se revolvía en su vaina de latón. A esa hora, en los interiores, la luz se devoraba a sí misma. Eso también hacía ruido. El silencio creaba pequeños «antes» y «después» en las sucesiones de la luz. El ruido mismo hacía ruido, discreto y plegado. En realidad, para tener una pesadilla no es necesario tener una pesadilla, como Varamo había averiguado ese día con la cuestión de las falsificaciones. Bastaba con encontrarse en una situación.

Una cantidad de cajas apiladas en los estantes superiores del ropero, tantas que habían sido metidas allí a presión y se sostenían contra las puertas, al abrirse éstas por el choque del reloj, empezaron a caer al piso. El movimiento, y los colores brillantes con que estaban pintadas, hicieron arcos chillones, puntuados por el choque sordo con el que iban haciendo impacto en el suelo una tras otra, a medida que sus pilas precarias perdían estabilidad con las caídas sucesivas. Eran cajas de comida instantánea, purés de papas en escamas, aletas de tiburón disecadas, polvo de carne en panes, legumbres, pasta seca, hasta pastillas para hacer jugos de frutos, todo representado en brutales caricaturas en el cartón de los envases, que ahora pasaban en veloz cascada, como un flip-book, ante los ojos atónitos del yaciente, sobre el fondo de sí mismo en el espejo. Las había comprado él tiempo atrás, como inversión. Le pareció el destino más seguro para sus ahorros. Panamá fue país pionero en la fabricación de alimentos preparados en cajas listos para usar, debido a su alta población de trabajadores solteros que venían a ocuparse en el canal. Aunque los productos eran de excelente calidad, las empresas que los hacían quebraron en un abrir y cerrar de ojos, porque habían lanzado la novedad demasiado tarde (tuvieron que esperar a que madurara la tecnología necesaria), y para entonces las mujeres de algún modo habían aparecido, y los obreros tuvieron esposas que les cocinaban alimentos frescos. En la liquidación subsiguiente, Varamo compró todo lo que pudo, y guardó. Por suerte, las fechas de vencimiento impresas en las cajas eran muy

postergadas.

En la Muralla China de la Historia se reflejaba cada una de las pequeñas excentricidades de la existencia individual. Y el punto de reflexión era siempre el mismo: constituía la personalidad o el destino de ese sujeto, y al ser un solo y único punto resultaba que, a pesar de todo el lujo de perspectivas entrelazadas y superpuestas, la vida en el fondo era estrictamente unidimensional. Era el caso de Varamo. ¿Por qué no se había casado? Había que preguntarlo al revés para que se respondiera solo: ¿Por qué era soltero? Porque no se había casado. Aquí también había una explicación histórica: la proporción de vírgenes en Panamá se había contraído abruptamente por la afluencia masculina, y cuando volvieron a aparecer, ya estaban casadas y con hijos. Los desequilibrios demográficos como el producido en este caso por la inmigración siempre terminan afectando a la vida privada. No sólo por el efecto de los números en sí, sino por el tono social que imponen, y que no se desvanece cuando los números se corrigen. La vida de Varamo se había desarrollado enteramente dentro de este proceso, y no había conocido otra cosa, no podía siquiera imaginarse condiciones distintas como uno no puede imaginarse viviendo en un mundo cuyo complejo espaciotemporal tenga una dimensión más. Y, sin embargo, no es tan difícil. Los solteros contaminan el mundo, crean una perspectiva propia, y sus peculiares soluciones crean otras realidades, realidades de un día pero que dejan huella.

Nuestro héroe tenía un hobby. Era su vía de escape de una existencia en general melancólica e insatisfactoria. Y cuando al fin decidió que era inútil tratar de dormir de día, se levantó y fue a su rincón de trabajo a ver si le cambiaba un poco el humor. Después de todo, no tenía nada que hacer. La abrupta entrada en escena de esos dos billetes al menos había tenido la virtud de suspender sus preocupaciones por el empleo del tiempo. Pero el tiempo volvía a imponerse. En una mesa tenía una cubeta con un pez de unos quince centímetros de largo, uno de esos peces amarillentos del canal, que se decían mutantes, aunque la transformación, si la había, no era visible a simple vista, porque estaba en la velocidad de nado. En una gran caja compartimentada tenía una cantidad de frascos de ácidos, tubos, catéteres e instrumentos cortantes y punzantes. Les echó una mirada de propietario celoso, pero volvió su atención a una especie de maqueta de cartón a medio hacer que estaba sobre la mesa. Tijeras, hilos, pegamento y un revoltijo de recortes de cartón indicaban los muchos tanteos previos en busca de la forma; y la maqueta por su parte, en el estado en que se encontraba, indicaba que la forma estaba lejana todavía. Se había propuesto representar un piano. ¿Pero cómo era un piano? Por supuesto, no tenía un modelo a mano, y carecía de memoria visual. Sospechaba que, como la mayoría de los artefactos, debía de consistir en cubos incrustados unos en otros. Aunque con eso no adelantaba nada, porque toda la cuestión estaba en cómo incrustarlos. A priori, había creído que sabía perfectamente cómo era un piano. Cualquiera lo sabía. Como no era necesario que fuera un piano perfecto en los detalles, sino sólo uno que evocara al

piano, y todo el mundo podía evocarlo a partir de una forma esquemática, había creído que sería una tarea fácil. De modo que se quedó perplejo cuando, después de repetidos y laboriosos intentos, el objeto que salía de sus manos ni siquiera a él, que lo sabía, le hacía pensar en un piano.

Su hobby era embalsamar animales pequeños. Lo había emprendido en un espíritu no tan desinteresado como el que se adjudica habitualmente a un hobby, sino con el fin de allegarse fondos extra para complementar su magro sueldo. Y si el sueldo venía en billetes falsos que lo llevarían a la cárcel no bien intentara ponerlos en circulación, tendría que depender de las improbables ganancias de esa actividad para vivir. Embalsamar no es fácil, y menos para alguien que nunca había tenido ningún contacto con el oficio ni conocido a nadie que lo practicara. No había libros sobre el tema, o si los había no habían llegado a Panamá. Así que había tenido que inventarlo todo por su cuenta, con el primitivo método del ensayo-y-error. Lo más desalentador era que en este caso las pruebas se extendían sobre una latitud desmesurada, como que lo cubrían todo entre la vida y la muerte, y bastante más allá de ambas. Para peor, era de esas cosas que tienen que estar bien hechas, o no vale la pena hacerlas, porque no son necesarias; sobre todo si pretendía venderlas, tenían que exhibir algunas cualidades finales muy marcadas, trascendentes a su proceso de producción. Debían «quedar» bien, brillantes, naturales, en una postura característica, enteros, es decir que debían quedar al final tal como habían estado al principio, antes de empezar con ellos. Y todas las cualidades que tiene la vida, aun descartando el movimiento, eran demasiadas, además de que nunca podía saberse con seguridad cuáles eran.

Se había propuesto hacer un pez tocando el piano. El pez lo tenía en la palangana, vivo hasta el último momento porque sabía lo poco que dura la materia orgánica no sostenida por el soplo vital en un clima como el de Colón. Había empezado por el piano, a escala, pero el fracaso había sido llamativo hasta el momento. Era una escena simpática, le parecía, apropiada para atraer compradores. Lo ideal habría sido usar un mecanismo de tipo cajita de música, pero eso estaba definitivamente más allá de sus posibilidades. Tras una última mirada melancólica a la maqueta, la hizo a un lado. Daba lo mismo empezar por el pez; estaba trabajando con eternidades definitivas, así que no importaba qué se hacía antes y qué después. Embalsamar al pez parecía la parte difícil, pero así como confeccionar el piano había parecido la parte fácil y resultó difícil, también podía pasar al revés. Se inclinó sobre el agua a mirarlo. El pececito nadaba en círculos sin parar. Varamo sintió un desaliento inmenso. ¡Era tanto lo que había que hacer! Esa criatura debía morir y debía volver a una vida segunda, lo que parecía un proceso de siglos pero debía hacerse en pocos minutos, y cumpliendo con una cantidad de pasos establecidos dados sin fallas en la sucesión correcta (sin que él supiera bien cuáles eran). El más horrible fracaso, tan horrible que parecía casi sobrenatural, era que, al terminar, el animal siguiera vivo. No que pareciera vivo, sino que lo estuviera realmente. Por increíble que fuera, era lo que le

pasaba a él.

Justamente teniendo en cuenta los muchos pasos que eran necesarios, y el orden en que había que darlos, así como la dosificación exacta de las sustancias que empleaba (ácidos en su mayoría), y contemplando la posibilidad de que le saliera bien, se había propuesto llevar un registro del experimento, para poder repetirlo. Antes no lo había hecho porque tenía la suerte, tan rara entre científicos caseros y bricoleurs, de que nadie le tocaba nada de sus cosas, y las encontraba tal como las había dejado, aun si había interrumpido en medio de una transfusión. Ese cuarto era su laberinto secreto, y en realidad toda la casa lo era, y ya que empezaba a extenderse, podía decir que todo Colón, todo Panamá, era su laboratorio secreto. Podía trabajar tranquilo, tanto tiempo como quisiera. Por supuesto, él habría renunciado de buen grado a éste o cualquier otro trabajo que sus privilegiadas circunstancias le permitieran hacer, a cambio de una esposa, hijos, una vida de familia. De todos modos, y por práctico que fuera poder retomar después de una o mil interrupciones, cuando se trataba de lo fugaz y pasajero, de lo que quedaba atrás en el tiempo, esa ventaja no corría. De modo que tomó un papel en blanco, lo alisó sobre la mesa y le puso encima un lápiz. Y fue anotando con su elegante letra inglesa profesional cada pequeña cosa que hacía con el pez, dejando un espacio entre nota y nota y además numerándolas, para aventar toda duda sobre el orden sucesivo. Como el trabajo lo obligó a mojarse las manos, y embadurnarse los dedos con los aceites resistentes que desprendía la bestezuela al ser apretada, el papel perdió su blancura y su cualidad crujiente, y las líneas que siguieron a la primera tomaron direcciones erráticas, hacia abajo y hacia arriba, esquivando las manchas.

Lo que hizo con el pez fue lo que le pareció más razonable. Las líneas de corte con las que empezó le salieron tan torcidas como se le hacían las de escritura, porque era resbaladizo y no conseguía aferrarlo con firmeza. Debería haber sacado todo lo que encontrara dentro, pero no pudo, simplemente porque dentro el pez no tenía nada. Peló una vaina de azufre y se la colocó longitudinalmente contra el espinazo. Pintó los flancos internos con un pincelito impregnado en ácido tartárico, después una mano de cola de carpintero, y volvió a cerrar. Lo sostuvo colgado de la cola y sopló hasta abrirle las branquias, por las que vertió una solución de vitriolo y brillantina, suponiendo que eso bastaría para preservar las escamas en su frescura. Acto seguido, pasó a la cabeza. Habría querido darle alguna clase de expresión, por ejemplo la de un músico concentrado en una partitura difícil, pero tenía poco material con el que elaborarla. Los ojos, que tocó con la yema de los dedos, eran muy blandos. Los extrajo con un cucharín, y fue un desastre, tanto se le resbalaban en la mano, ya muy engrasada. Le quedaron dos agujeros demasiado grandes para los trocitos poligonales de vidrio de botella que tenía preparados. La solución era meter más de uno en cada agujero, y hasta que no hubo metido media docena no quedaron ajustados. Después quiso torcerle la boca en una especie de sonrisa; lo logró, más o menos, pasándole por dentro un alambre. Se obligó a detenerse después de cada paso para tomar la nota



correspondiente, y si esto cortaba el flujo de la inspiración, al menos aseguraba la replicación en el futuro. ¿Pero se podía realmente dejar registrado todo lo que se hacía? Había mil cosas que quedaban fuera: el gesto, la posición, la fuerza de la mano, la cantidad exacta de ácido, el dibujo de cada corte y pliegue en la siempre cambiante materia viva, hasta la luz y el estado de ánimo, el apuro o el entusiasmo. El registro era muy basto, muy esquemático; nunca se sabía qué podía tener importancia.

Después de meterle por todos los agujeros que encontró, y algunos que hizo, todas las sustancias que tenía en sus redomas (porque al depender de un efecto le pareció una pena no probar con todas las causas posibles), y de haberle dado una forma más o menos de S destinada a representar la postura del pianista ante su instrumento..., una asociación de ideas cualquiera lo hizo caer en la cuenta de pronto de un detalle bastante demoledor para el proyecto: un pez no tenía brazos, y por consiguiente tampoco manos, ni dedos, y así era imposible que tocara el piano, ni siquiera en broma. Quedó paralizado por la perplejidad. No podía creer que no hubiera pensado en algo tan esencial; trató de reconstruir la escena que se había imaginado inicialmente, y sólo pudo ver algo vago e indefinido que bajo una mirada más atenta revelaba una esencial disyunción entre pez y piano, aislados entre sí sin remedio. Injertarle unos bracitos, por ejemplo de rana, sería una complicación que lo disgustaba. Por suerte, el piano no le había salido. Habría que improvisar una solución, y sintió una intolerable urgencia por encontrarla. Se le ocurrió hacerlo soplar un instrumento de viento... Eso era más propio de un pez... Pero la sonrisa idiota que le había dibujado con el alambre subcutáneo se oponía a esta modificación... Aunque quizás no era demasiado tarde... Con dedos que temblaban de la irritación fue a amasar esa zona, y la precipitación y la furia ayudaron a que se formara un cono invertido, como una loca corneta de carne de pescado. Por un instante, al apartar la mano, le pareció una representación elocuente, y hasta alucinó la nota aguda que brotaba, el llamado a la acción. Pero ya no era la acción la que se cernía sobre él sino el descanso, porque había quedado agotado. Se acordó del clarín que había oído un rato antes, en la plaza. Debía de haber estado operando sobre su inconsciente todo el tiempo: era el imperativo autobiográfico del día.

Pero cuando pasó ese momento, una mirada más fría le mostró que el objeto pegajoso que tenía en la mano era informe y horrendo. La sesión había terminado. Lo arrojó al agua de la palangana, se secó las manos con la hoja de las notas, a falta de un trapo, pero después pensó que podía servirle de algo, de modo que la dobló y se la metió en el bolsillo; tenía un respeto supersticioso por todo lo que fuera papel. Cuando volvió a mirar la palangana, vio que el pez, torcido, hinchado, monstruoso, estaba nadando, de costado, de arriba para abajo, como un caballito de mar, pero visiblemente vivo. Era el detalle final. Siempre quedaban vivos, a pesar de todo lo que les hacía. Mejor dicho, era la primera vez que le pasaba, pero una vez bastaba para que fuera «siempre».

Aunque hubiera querido seguir trabajando no habría podido porque en ese momento un portazo vino a desconcentrarlo. Fue como si se despertara. Como si de pronto ya no estuviera solo en su laboratorio secreto, pero éste siguiera siendo secreto, es decir como si de un sueño se despertara a otro sueño. Furioso y a la vez indeciso, sacudió las piernas, y el movimiento se transmitió a todo su cuerpo delgadito, y la cabeza se le bamboleó dolorosamente. Perdió el equilibrio y fue a chocar contra la pared. Usó el choque como un impulso para lanzarse por la puerta, y cruzó la sala con resoplidos. No había nadie, tampoco en el pequeño vestíbulo. Volvió atrás, al dormitorio, la cocina... No había nadie, salvo que el intruso estuviera escondido detrás de un mueble o una cortina. Pero no le había dado tiempo de buscar un escondite, y además si ésa hubiera sido su intención no habría dado semejante portazo, que todavía seguía resonando. La casa era pequeña, y su capacidad para contener secretos era limitada. Ya no se veía nada, y no quedaba más que rebotar contra las paredes, puntuando con los choques la melodía de una respiración agitada. Pero, justamente, un portazo era algo que funcionaba tanto en un sentido como en otro, y podía dejar al intruso tanto dentro como fuera. El secreto podía quedar contenido fuera. Y, en efecto, estaba oyendo ruidos que no provenían de dentro de la casa.

Salió por la puerta del frente, y no bien la hubo abierto el griterío lo ensordecía y le hizo entrecerrar los ojos. Era increíble que una criatura de tan poco tamaño y tanta edad como su madre pudiera hacer tanto escándalo, pero no había nadie más a la vista. Estaba vociferando en medio de la calle. La luz de la tarde había tomado su último y definitivo color, y la solitaria figurita de colores quedaba hundida en el dorado oscuro. Por supuesto, no se le entendía una palabra, y sin embargo se entendía todo. Los distintos aspectos que pueden tomar la locura y la senilidad tienen en común poner en la superficie las intenciones, y las intenciones son el principio y el fin de la comprensión. La furiosa arenga de la señora contra las puertas y ventanas cerradas del vecindario se explicaba por su violencia intempestiva, y en parte porque no podía referirse sino a las intenciones ajenas, presupuestas como malévolas, y como incomprensibles para todos salvo para una sola conciencia escondida. Lo que estaba proclamando era a su modo un mensaje cifrado. Varamo encontraba vejatorio tener una madre paranoica, pero sabía que a otros también podía pasarles, ya que no estaba fuera del juego de posibles de la especie. De modo que se lo tomaba con filosofía. Fue al medio de la calle, la tomó del brazo inclinándose (ella le llegaba a la cintura, se había vuelto casi una enana) y la condujo hacia la puerta abierta sin encontrar más que una débil resistencia.

A pesar de que se dejó llevar adentro, la excitación de la madre no disminuyó, lejos de lo cual creció y se enfocó, ahora que tenía un interlocutor. Antes de trasponer la puerta se volvió hacia la calle y soltó un último grito de amenaza, blandiendo en el aire un puño cerrado del tamaño de una avellana. Varamo la aproximó a un sillón, y dando un medio giro la sentó en él, para sentarse a su lado, tomándola de las dos

manos de modo de empezar a tranquilizarla. Pero cuando le tomó la mano izquierda notó que ella tenía un papel aferrado, y sospechó que ahí estaba el desencadenante del arrebato. Dentro de todo, era preferible que hubiera un elemento concreto sobre el cual discutir, y en consecuencia fue directo al grano y le preguntó de qué se trataba, tocando el papel con la punta de un dedo. Pero ella, de pronto distraída, levantaba el mentón y olía. El mismo Varamo no pudo dejar de percibir un tufo que hacía casi irrespirable el aire. Empezó a explicarle que había estado realizando un experimento, y ese olor era de las sustancias químicas que había empleado. Pero no le resultaba fácil hablar: el hedor le cerraba la garganta, y le hacía arder los ojos, de los que empezó a manar un río de lágrimas. Además, lo que decía o trataba de decir quedaba ahogado bajo el ruido del chapoteo del pez en la palangana. En esas condiciones, era imposible sostener una conversación racional, y mucho menos calmar a una histérica. Dijo con mímica «enseguida vuelvo» y corrió a abrir las ventanas. Volvió al sillón, levantó en vilo a la madre y la llevó rumbo a la cocina, que atravesaron de prisa, ella abanicándose con el papel, y salieron al patio. Al fondo, entre las plantas, había un banco largo de hierro, en el que se sentaron.

Con la respiración normalizada en pocos instantes, y el ruido del pez apenas audible desde los repliegues de la casa, entre el susurro de las hojas y el piar de los pájaros, Varamo inclinó la cabeza mirándose la punta de los zapatos negros, suspiró y recogió su energía para la prueba de convicción que se aproximaba. ¿Pero cómo tener un diálogo civilizado con el ser bárbaro, instintivo, inhumano que era la madre? ¿Cómo se las habían arreglado los hombres que lo habían precedido? Una madre era una criatura que tenía muchas capas de vida superpuestas, el antes y el después no sólo del parto sino de todos los estadios de la existencia, y seguían vigentes en ella. Todo lo que dijera tendría que multiplicarse por la cantidad de capas de representación existencial, y nunca podría estar seguro de acertarle a la profundidad en que cada argumento podía hacer efecto. Por su parte, ella se le había adelantado y ya estaba hablando, precipitadamente, incomprensible pero con esa seguridad que le daba saber que su hijo tenía una sola capa de recepción, la visible. La de ese hombre flaco de traje y sombrero negro recortado de las tinieblas del universo y pegado en el exuberante paisaje crepuscular de Panamá. La convivencia para un soltero estaba llena de trampas.

¿Cuál era el problema? Que había recibido un anónimo. Era ese papel que tenía en la mano: se lo habían pasado por debajo de la puerta, con la maligna astucia de perseguidores de una pobre viuda, cobardes y racistas, envidiosos, virtuales asesinos. Varamo entrecerró los ojos hasta que quedaron reducidos a dos ranuras detrás de las cuales no había nada. El bombín desprendía brillos siniestros en la media luz. Si él hubiera sido una botella de agua mineral, y ella hubiera tenido un vaso en la mano, en lugar de un papel estrujado, se lo habría bebido en dos tragos insaciables. A Varamo, el aspecto del papel le trajo a la mente un recuerdo reciente, un episodio banal pero que le había dejado una marca. Semanas atrás, la madre había ido a comprarle un

colchón, y no quiso pagar el pequeño extra que cobraban por entregarlo a domicilio; dijo que iba a pasar a buscarlo después. Cuando él volvió del Ministerio, aunque cansado, no tuvo más remedio que acompañarla, protestando contra ese «ahorro mal entendido»; ella le aseguró que era liviano, y que lo podrían traer sin problemas entre los dos, lo que era cierto, aunque también era cierto que la colchonería que había ido a elegir estaba al otro lado de Colón. Cuando llegaron, el vendedor le pidió la boleta, y ella le dio el papel que había traído. El hombre lo miró por los dos lados y se lo devolvió con brusquedad: ésa no era la boleta. En efecto, cuando Varamo la miró vio que era un papel cualquiera, cubierto de garabatos. Para su infinito bochorno, la madre insistió en que ésa era la boleta, que no le habían dado otra cosa, y siguió una larga discusión, durante la cual el vendedor les mostró el talonario de boletas verdaderas, con el membrete del comercio, y sugirió que no les iba a dar el colchón hasta que la presentaran y él pudiera ponerle el sello de Entregado. Al fin, harto, se lo dio, y lo cargaron como pudieron, haciendo frecuentes paradas porque encima se había largado a llover. Cuando estuvieron de vuelta en la casa buscaron por todas partes la bendita boleta, sin encontrarla.

Por darle gusto más que por genuina curiosidad, tomó el anónimo y trató de leerlo. Se le hizo difícil, con la poca luz (ya era casi de noche), pero lo que vio le bastó para confirmar que se trataba de un anónimo: tenía el estilo característico, hecho de retazos de información mal digerida y peor procesada; un poco demasiado característico, como si el autor sólo se hubiera propuesto complimentar el género «anónimo» sin tener nada definido que decir, y hubiera llenado la carta con las frases clásicas, que parecían acumuladas al azar, con el solo objetivo de producir el «efecto anónimo». Ya no había luz, y la caligrafía era un desastre, pese a lo cual, gracias a que podía ir deduciendo a partir de los contenidos, leyó advertencias tan clásicas como «tu marido te engaña», «te vamos a poner una bomba», «no te vas a salir con la tuya», etc. Podía estar dirigido a cualquiera, a todos y a nadie: a alguien le iba a acertar con su culpa secreta. ¿En qué les concernía, si ellos dos sólo se tenían el uno al otro, y todos sus intereses se agotaban en el juego de supervivencia que surgía del hecho de que ella era una madre y él un hijo? Si él se hubiera casado... Dio vuelta a la hoja, y era la boleta del colchón. Típico: habían podido dar vuelta a la casa buscándola y no la habían encontrado, y ahora llegaba bajo esta forma siniestra. Pero eso podía ser una explicación, porque en la boleta estaba el apellido Varamo, y la dirección. Esto último quiso comprobarlo, y acercó el papel a los ojos; no veía nada. Dejó la carta sobre una pierna, tomó a la madre por los brazos con las dos manos y la cambió de posición: volvió a la boleta-anónimo... Era una explicación, de acuerdo, ¿pero cómo hacérselo entender? Bajó el papel, la devolvió a ella a la postura anterior, casi sin darse cuenta de que durante estas manipulaciones su madre estaba hablando. La tenía ahí al lado, al alcance de la mano, no sólo a su madre sino lo que representaba: la posibilidad histórica, para él, de tener otra vida; el sueño imposible de todo hombre. Al alcance de la mano, en una oscuridad cómplice... Y sin embargo

incomunicados.

Ella estaba hablando, tratando de justificarse, de responder a acusaciones que en realidad nadie le había hecho. Para lo cual, en su perturbación ya senil, debía remontarse muy atrás, a una historia de hacía medio siglo, antes de que existiera el mundo que conocían, casi antes de que hubiera Panamá. En el fondo de esa prehistoria encontraba la figura de la Madre y el Hijo, que evidentemente para ella era central, y en cualquier punto del tiempo o el espacio al que se desplazara reconstruía a su alrededor la constelación de los contenidos. En su inquietud, había derivado al chino (cantones), idioma que Varamo no entendía. Podría haber dicho: «No me hables en chino», pero esto tampoco habría servido de nada; habría sido como decirle «no me hables en la oscuridad». Volvió a cambiarla de posición, a tientas, como un niño que acomoda su osito en los almohadones de su cama, nunca satisfecho con la expresividad ilusoria del objeto. Y, sin embargo, él también formaba parte del núcleo de esa Nova viajera que recorría las profundidades del éter. Era el Hijo, y los contenidos se reacomodaban por causa de él también. De todos los contenidos posibles que podría haber elegido la madre para replicar el anónimo, se había fijado justamente en el de la Madre y el Hijo. Ésa era la historia, y en realidad no había otra, porque todas las sugerencias que irradiaba un anónimo (ya fueran adulterio, chantaje, venganza, vicio), desembocaban en la filiación, como contenido *passé-partout*.

La verdad que ella afirmaba por debajo de las habladurías de vecinos envidiosos era que en su juventud, sola y desamparada en el istmo, había sentido el angustioso anhelo de un hijo, y les sonreía (eran sus únicas sonrisas) a todos los críos que se cruzaba, les hacía fiestas y los acariciaba, hasta los alzaba un momento, y los padres se lo permitían, quizás por verla tan exótica y colorida, quizás la tomaban por un hada buena que había elegido a ese niño para concederle dones, suerte o talento. Ella no habría podido desmentirlos, por falta de un idioma común. Hasta que una vez unos padres se fueron y le dejaron el chico en brazos, desaparecieron, no supo bien cómo, se distrajo y cuando volvió a mirar ya no estaban, ni siquiera supo si fue deliberado o no. Su mayor deseo, el único en realidad, se había realizado. Desde entonces, a todos los fines prácticos, fue su hijo. Pero la sonrisa en su rostro cedió lugar al espanto. Fue casi instantáneo, y no cesó nunca. El chico era un bebé, de entre nueve meses y un año, lindo y saludable, inquieto, alegre... Pero todos sus atributos, los piecitos de juguete, los hoyuelos, las lágrimas, eran prendas de una metamorfosis: ese delicioso muñeco animado debía volverse un ser humano, y todo el costo de la mudanza recaía sobre ella. Fue como si el mundo se hubiera vuelto una montaña, y ella debiera escalarla. ¿Cómo hacerlo? No sabía ni por dónde empezar. Pensó mil veces en abandonarlo en un zaguán, pero para hacerlo habría necesitado un vigor en la decisión del que el horror la había despojado. Tuvo que vivir con una tarea imposible, porque el desaliento inicial sobrevivió al tiempo. ¡Y encima ahora las malas lenguas, las lenguas anónimas, venían a reprocharle que el hijo no fuera suyo, la acusaban de

haberlo robado a padres humanos!

Varamo tomaba esta historia como una especie de metáfora, que condensaba bajo un formato de fábula los muchos sinsabores de una vida de inmigrante pobre, mal asimilada, ignorante y fatalista. Pero, haciendo todo el rodeo de la interpretación, la fábula volvía, volvían los personajes, y volvían justamente para contarse la fábula, con lo que ésta recomenzaba. En las idas y vueltas se diluía la calidad de ficción. Si hubiera querido usar argumentos de razón, como las interpretaciones, de inmediato volvería a reconstruirse la fábula, usando los mismos términos. Si la maternidad en su madre operaba como un comienzo persistente, la viudez lo hacía como un final que a su vez era una premisa; era viuda, es cierto, pero antes había estado casada. El padre de Varamo había sido un próspero comerciante, devoto padre de familia que había mantenido satisfecha y protegida a su esposa. Y su hijo tenía un puesto ministerial que parecía un milagro. Sentado en la oscuridad crujiente de la primera noche del jardín, encontraba en la idea del milagro una fábula paralela y equivalente a la que ocupaba a su madre; en Panamá, un solo hombre había conseguido un puesto público, y era él. Los demás debían limitarse a fantasearlo. Salvo que no era una fábula sino la realidad de lo que había pasado. Eso sí podía excitar la envidia de los vecinos, a los que conocía bien porque él era tan vecino de ellos como ellos de él, y le era fácil imaginarse el deslumbramiento de cualquiera ante la posibilidad de un sueldo para siempre, una especie de beca. Para tranquilizar a la madre le dijo que en cualquier momento, esa misma noche, vendría un vecino o vecina a disculparse por su mala acción, con la excusa ridícula de que le habían falsificado el anónimo, y no era él o ella el que lo había escrito. Todavía no se veían las estrellas pero ya se veía el brillo de las lágrimas de la madre en sus mejillas, y en el universo. En realidad había un argumento que podría haber usado, un argumento que por tocar un punto muy concreto podía atravesar los niveles de ficción y de «indirecto libre» que lo separaban de su madre. Pero no habría sabido cómo introducirlo, ni cómo desarrollarlo, a pesar de que era tan simple. Era de esas cosas que sólo se puede esperar que se le ocurran espontáneamente al otro, y si no se le ocurren es inútil tratar de inducírsele, porque pierde toda eficacia. Su madre era china, él era chino; luego, tenía que ser su hijo, toda duda quedaba descartada. En Panamá, no podía ser de otro modo, poderosas razones de demografía lo exigían. Era notorio a simple vista, y casi parecía como si el traslado remoto a otro sector del mundo no hubiera tenido otra razón de ser. Para un panameño, para un europeo o americano en general, «todos los chinos eran iguales», pero precisamente porque eran chinos, no porque fueran iguales. En la China, que una madre china tuviera un hijo chino habría caído por su propio peso, y todas las dudas habrían estado justificadas, salvo que allí sí podían verse las diferencias y parecidos. Después del viaje, y después de cincuenta años, la más elemental delicadeza mandaba dar por cerrado el capítulo de la identidad. No era un asunto que pudieran discutir una madre con su hijo. Con un aparatoso suspiro, dijo que ya iba siendo hora de preparar la cena, y se puso de pie. Fue a la cocina y encendió la luz.

Miró atrás, al fondo del patio. Muy poco a poco, de a pasitos desganados, apareció la madre, con los pantalones rojos y el chaleco dorado, en el rectángulo lívido que se proyectaba por la puerta abierta.

Acto seguido, mientras él jugaba un solitario de dominó en la mesa de la cocina, la madre preparó la cena. Hizo el pescado, que tenía colores extraños y gustos sospechosos. Era una especie de comida suicida, y si no se intoxicaron fue por suerte; de todos modos, algo debió de pasarles, porque Varamo tuvo alucinaciones y fiebre. Con timidez, en el transcurso de la cena, introdujo el tema económico. Dijo que, por un ajuste presupuestario, ese mes el Ministerio se atrasaría en el pago del sueldo, y tendrían que arreglárselas con sus ahorros.

En ese estado especial de espíritu, mientras ponía con ruido las fichas sobre la mesa (y anotaba mecánicamente cada jugada con una notación inventada por él — porque estaba seguro de que alguna vez lo sacaría, y si no lo anotaba no podría reproducir las movidas correctas—), tuvo una meditación que por su importancia crucial trataremos de reconstruir en detalle del principio al fin. El hilo es sinuoso y prolongado, los conceptos resbalosos, los significados deslizantes, pero la reconstrucción en realidad no es difícil si se la va haciendo paso a paso: basta con seguir el orden de las razones y no hay modo de perderse porque una sale de la otra como en una serie numérica. El punto de partida era el problema que comprensiblemente no lo abandonaba desde que fuera objeto de la liquidación de su sueldo: los dos billetes falsificados. Era una situación tanto más inquietante cuanto novedosa, por lo que él sabía, y como cualquier ciudadano creía saber todo lo pertinente a la materia. No había antecedentes de falsificación de circulante en Panamá: la opinión pública no había sido alertada, simplemente porque no había habido motivos para hacerlo, y eso significaba que no había jurisprudencia, y seguramente tampoco legislación. Después de todo, Panamá era un estado nuevo, y esta clase de circunstancias requerían un mínimo de historia. Ya era bastante complicado fundamentar las leyes de la impresión legal del dinero, que en un primer estadio se parecía a una falsificación per se. De modo que si a él lo atrapaban, como estaba seguro de que sucedería, tratando de pasar dinero falso, sería un caso inaugural, y habría que inventar la pena, la «figura», sacarla de la nada y darle una forma comprensible y envolverla en un discurso verosimilizador. Lo cual implicaría un trabajo intelectual e imaginativo, pero no aliviaba la perspectiva para él en tanto objeto de ese trabajo, más bien al contrario. Porque en ese caso las autoridades se verían forzadas a inventar un castigo, a sacarlo de su imaginación, es decir de una combinatoria infinita de posibles, ¿y cómo saber qué se les iba a ocurrir? Sobre todo si, por ser el primero, se sentían obligados a pergeñar algo lo bastante original como para que prendiera en la imaginación del público y fuera ejemplificador. De esta combinación de novedad y ejemplo podía salir cualquier cosa, literalmente, como en las fantasías más descabelladas del sadismo: podrían acertar con su más secreto temor, o crearlo; todo era posible, como en un mundo en trance de formarse.

Frente a semejante perspectiva, la primera estrategia que se le ocurría adoptar era la de la inocencia, o ignorancia, vale decir actuar como si no hubiera notado nada raro en los billetes, cambiarlos como lo habría hecho si fueran genuinos, como lo hacía todos los meses con su sueldo, y si llegaban a atraparlo, o a rastrearlo siguiendo corriente arriba el trayecto del dinero, aferrarse cerradamente a su papel de candor. Era casi lo obvio, lo que habría hecho instintivamente, siguiendo su impulso más inmediato. Pero le habría bastado pensarlo unos minutos (y en realidad habían pasado varias horas) para ver que había inconvenientes. El primero, y definitivo, era que no importaba lo que hiciera o dejara de hacer, que lo hiciera bien o mal, que adoptara este curso de acción o aquél, porque para un juez lo único que contaba eran los hechos, no las intenciones. La trayectoria mental que precediera a los hechos no era tomada en cuenta por la simple razón de que siempre quedaba sujeta a dudas, y por lo tanto era un terreno de ficción que no le concernía a la Justicia. Las fábulas estaban todas hechas de intenciones. La única realidad eran los hechos, el globo de nácar rosado de lo que pasó: no sólo no era ficción, sino que ninguna ficción lo rozaba nunca. De modo que todos sus esfuerzos por disfrazar sus intenciones con el ropaje de la inocencia eran tiempo perdido, porque en el momento crucial toda intención quedaría anulada, y en el caso de que hubiera que presuponer alguna, era mucho más lógico presuponer una mala que una buena.

Y aun cuando no hubiera existido este inconveniente, había otro, anterior: cómo hacerlo. Ésta, además de infranqueable, era insondable. La idea era simular naturalidad, es decir improvisar sobre la marcha. Y esto que parecía lo más fácil del mundo, el modelo mismo de lo fácil, en realidad era lo más difícil de todo; la intención misma de ser natural era contradictoria y se derrotaba a sí misma. En su caso estaba condenada de antemano, porque si se proponía improvisar su curso de acción, debía hacerlo como si estuviera improvisando de verdad, y al mismo tiempo, además, estaría improvisando de verdad, lo que era tan imposible como ir en dos direcciones opuestas a la vez. Porque, independientemente de las intenciones, después de un acto (de un gesto, de un conato, de un instante) debía venir otro, pero otro cualquiera. El improvisador debía realizar la elección sobrehumana entre todos los posibles, que por definición eran tantos que la vida entera no le alcanzaría ya no para contarlos sino ni siquiera para contemplar la extensión en la que se desplegaban. Y, también por definición, por la esencia del improvisar, no disponía de la vida entera, ni de un fragmento de ésta, sino de un átomo de tiempo, una desaparición de tiempo. El alimento de las decisiones, es decir de las elecciones, y de las intenciones, era el tiempo, pero las premisas de la improvisación devoraban todo el tiempo disponible, antes de empezar. Además, las apariencias estaban contra él, porque cualquiera que fuese el discurso que diera cuenta de su jornada, ese relato presupondría el tiempo, y nadie iba a creer que había estado anulado.

Su posición era peculiar, y especialmente incómoda. Como cualquier otro improvisador, podía hacer cualquier cosa, realmente cualquiera, pero a diferencia de



cualquier otro él había tenido un punto de partida, bajo la forma de una intención secreta: cambiar esos billetes malos por otros buenos. Su intención no era improvisar: al revés, improvisar era lo que debía hacer para realizar su intención. Aun así, también tenía que tener la intención de improvisar, porque todo lo que se hace, aun lo accesorio, se hace con una intención. Pero el secreto de su intención anterior contaminaba necesariamente a ésta, y entonces debía ocultar que improvisaba, cosa que, dada la falta de tiempo, equivalía a improvisar que ocultaba. ¡Qué difícil! ¡Como si improvisar no fuera difícil de por sí! Sacar algo de la nada, inmediatamente después de haber sacado algo distinto de la misma nada populosa y abigarrada... Y todo distinto, para poder seguir adelante. ¿Realmente había tantas cosas distintas en el universo como para llenar con ellas la totalidad de un tiempo infinitamente dividido? Algunas podían repetirse, claro está, pero siempre sobre la base de lo distinto. Había que crear una serie. El modelo obvio era el de los números naturales; salvo que él no podía usarlo de modelo porque las series naturales no estaban sujetas a improvisación sino a una razón; nadie podía decir que «improvisaba» cuando contaba de uno a diez, o cuando recitaba los números primos. En la improvisación había que ir saltando de las razones a las sinrazones, creando lo inesperado, y satisfaciendo las expectativas justamente con lo que no las satisficiera. ¿Quién podía lanzarse a semejante tarea con alguna probabilidad de éxito? No él, por cierto. El menos que nadie. Como todo empleado público, huía con horror del trabajo difícil, y se le había hecho una segunda naturaleza buscar el modo aliviado, en lo posible la delegación. Se preguntaba si en este caso de las series biográficas no habría un procedimiento, un automatismo que le ofreciera las circunstancias sin que él tuviera que buscarlas.

De cualquier modo (y no sabía si esto no invalidaría todos sus esfuerzos, en el caso de que se decidiera a hacerlos), cada acto elegido, cada instante, por heterogéneo que fuera, tendría una característica inmutable y persistente en todos: sería el que venía después del anterior, y antes del siguiente. Esta sucesión era lo único que tenía en común la situación vivida en el presente con la misma situación vista en retrospectiva, como pasado. La única, porque el otro elemento común, la subjetividad, sufría una mutación completa: en el presente era la propia, en la mirada retrospectiva era la ajena. El juez, si llegaba a haber juez, daba el salto de la segunda a la primera. Con lo que la figura tan temible del juez tomaba la forma, sólo en apariencia más inofensiva, del narrador.

Con lo cual llegamos a lo que hace tan importante en este momento la meditación de sobremesa que ocupó la mente de Varamo mientras jugaba al dominó consigo mismo. Es tan importante que en cierta forma lo explica todo.

A pesar de su formato de novela, éste es un libro de historia literaria; no es una ficción, porque el protagonista existió, y fue el autor de un famoso poema que sigue siendo estudiado como un momento clave de las vanguardias hispanoamericanas. Siendo así, el lector habrá podido preguntarse cómo es posible que hasta aquí

hayamos venido presentando los pensamientos del protagonista, con el método llamado «indirecto libre», usado habitualmente en la ficción, o en la ficcionalización de hechos históricos (lo que no es el caso aquí). Esto tiene una explicación, que no desmiente en nada el carácter de estricto documento histórico del presente volumen. Si hay invención, es involuntaria y casual; y una revisión de lo escrito hasta este punto, hecha en este preciso momento (aprovechando que la meditación de Varamo se desarrolla en «tiempo real», lo que nos da un margen), nos permite asegurar que no la hay. La invención puede tomar la forma del registro documental de la realidad, y viceversa, porque en lo esencial su aspecto es el mismo. El indirecto libre, que es la perspectiva de la conciencia del personaje tratado en tercera persona, crea una impresión de naturalidad, como para olvidarse de que uno está leyendo una ficción, y que en la realidad nunca se sabe lo que está pensando otro, y por qué hace lo que hace. Pero la naturalidad, en general, es la confusión entre la primera y la tercera persona. De modo que el indirecto libre, lejos de ser un recurso literario entre otros, es el dispositivo vital de la transubjetividad, sin el cual no se entendería nada de lo que pasa en la vida social.

Pero nuestra invasión de la conciencia de Varamo no es mágica, ni siquiera imaginativa o hipotética. Es una reconstrucción histórica. Lo que sucede es que la hemos presentado al revés, poniendo al principio los resultados últimos de nuestra investigación. Todos los rasgos circunstanciales con que hemos venido coloreando y verosimilizando el relato de la jornada del personaje están deducidos (la palabra no es lo bastante fuerte) del poema que escribió al final, y que es la única documentación que quedó. Pero, en parte por ser la única, y en parte por sus características inherentes, es una documentación absoluta, en la que se puede poner toda confianza. Tanta que a partir del texto del poema puede deducirse el curso de los hechos que lo precedieron, en un detalle que va creciendo en las sucesivas relecturas, y no deja nunca de crecer. Esos detalles son tanto los hechos que se ofrecieron a la percepción como sus aglutinantes psíquicos, sin excluir de éstos recuerdos, fantasías fugaces, olvidos, incertidumbres o hasta flashes cerebrales subliminales. De los hechos exteriores, asimismo, no hay que excluir nada: la sucesión puede seguir intercalándose de más y más pequeños toques de realidad, hasta un abismo subatómico. De modo que no tuvimos que inventar nada para dar el tono narrativo convencional, casi de novela, al trámite de la inspiración. Al revés, tuvimos que hacer una exigente selección, ya que, teniendo el poema, lo teníamos todo, y podríamos haber escrito un libro del tamaño de una guía telefónica; nos contuvimos porque el proyecto era hacer un volumen muy breve, ya que es un experimento (un experimento en crítica literaria), y los experimentos deben ser breves para ser convincentes; una vez que se demostró la hipótesis inicial, no tiene sentido seguir. Además, está el riesgo de aburrir.

*El Canto del Niño Virgen* entra en la categoría de la llamada «literatura experimental», como que es un ejemplo sobresaliente de las vanguardias

latinoamericanas de las primeras décadas del siglo. Su capacidad de contener todos los rasgos circunstanciales previos a su escritura es un elemento histórico definitorio. Y no es que tenga ese poder por ser una obra de vanguardia, sino al revés: es vanguardista porque permite esta deducción. Vale decir que es de vanguardia todo arte que permite la reconstrucción de las circunstancias reales de las que nació. Mientras que la obra de arte convencional tematiza la causa y el efecto, y con ello se cierra alucinatoriamente sobre sí misma, la obra vanguardista queda abierta a sus condiciones de existencia. Y cuanto más lograda es, más certeza puede tener el crítico en su reposición de los hechos y pensamientos previos. Tratándose de una obra maestra como el poema de Varamo, la certeza es absoluta, y el crítico no tiene más que ir traduciendo retrospectivamente cada verso, cada palabra, a la partícula de realidad que le dio origen. Esas «partículas de realidad» son lo que los críticos llaman «rasgos circunstanciales», y combinados adecuadamente conforman un discurso que se parece tanto al novelístico que podría confundirse con él. Aquí hay que hacer dos salvedades: la primera es que los elementos del poema que se utilizan para la reconstrucción no tienen una extensión fija: pueden ser una palabra, un verso, pero también una sílaba, un acento, o la acepción de una palabra, o bien una estrofa, una sección, y hasta el poema entero; lo mismo vale para los fragmentos de realidad reconstruidos, y además entre los primeros y los segundos no hay relación uno-a-uno. La segunda es que las partículas de realidad reconstruidas a partir de la lectura del poema, si bien nítidas y completas como pequeños universos, aparecen sueltas y sin indicación de orden, de modo que el crítico que los va desprendiendo queda en libertad de ordenarlos a su gusto, y el resultado puede ser (como me temo que ha sido en este caso la jornada de Varamo, y como seguirá siendo después de esta explicación) una especie de relato de aire bastante surrealista. Es lo que sucede cuando los rasgos circunstanciales vienen dados. Se gana no tener que inventarlos, tarea un poco ridícula o pueril, en todo caso injustificable; se pierde el efecto de realidad, como sucede siempre que interviene un automatismo.

Una observación más, para terminar: se ha dicho, no sé si con razón, que el logro último de la literatura es hacer resonar de algún modo el contenido en la forma. Supongo que sería difícil encontrar ejemplos probatorios, y mucho más llegar a alguna certeza objetiva. Pero en este caso nuestra conciencia de críticos se ve gratificada, quizás ilusoriamente, por el hecho de que el contenido de la ansiedad de Varamo en las horas que precedieron a la escritura fue el dinero, y el método que nosotros adoptamos para transmitir su estado de ánimo fue el indirecto libre... y hay una identidad profunda, que nadie podría negar, entre dinero e indirecto libre. Así como éste es la razón que mueve y explica cada paso del discurso, así el dinero mueve al mundo como razón última, tanto en lo profundo de la psiquis como en la superficie. Cada uno en su ámbito, indirecto libre y dinero son la causa que fluye sobre o bajo las demás causas. El estilo indirecto libre (y aquí está el límite de su eficacia, no siempre contemplado por los autores) lleva a la abstracción; no es

necesario ser un filósofo para saber que el efecto del dinero sobre la sociedad es inficionarla de abstracción, lo que no tiene nada de sorprendente porque el dinero es la abstracción, y su utilidad no está en ninguna otra parte. De hecho, si esto fuera una novela, su principal defecto estaría en la fría abstracción intelectual que envuelve sus páginas, y que procede del uso del indirecto libre para crear un punto de vista a la vez exterior e interior del protagonista, que por ello se vuelve un ente discursivo, sin vida. La única justificación, muy tenue, estaría en que los billetes falsos, por ser falsos, introducen un elemento de irreductible materialidad en una escena de abstracciones y equivalencias. Contrario sensu, a esa novela podría reprochársele con justicia que el recurso a la falsificación está demasiado visto en la narrativa contemporánea, y que es demasiado fácil como metáfora.

Los rasgos circunstanciales incumben a la ocupación del tiempo; el indirecto libre, al sujeto de esa ocupación. Sin los primeros, no hay tiempo; sin el segundo, el tiempo queda vacío. Los rasgos circunstanciales son objeto de la invención; el indirecto libre, de la improvisación. Varamo había intuido la imposibilidad esencial de improvisar un delito; el problema con el que se enfrentaba era el clásico y espinoso de la coartada. «Yo no estaba ahí; yo estaba en otro lado»; todo su horizonte, hecho de rasgos circunstanciales y de indirecto libre, debía confluir hacia el punto donde pudiera pronunciar esas palabras. En esa exigencia asomaba ya el escenario trascendental de su poema, la medianoche de Belén, donde ni el Niño ni la Madre pueden decir que no estuvieron ahí, y al crear la Historia establecen las coordenadas de todas las coartadas posibles.

Terminada la partida, y lavados los platos (el dominó y la vajilla tenían algo en común), era la hora de asistir al café, esa institución arábiga de hombres tan característica de Centroamérica. Varamo no se lo perdía nunca. Era un hombre distinto cuando iba al café: despreocupado, sociable, más occidental, más normal, no tan neurótico. No importaba que fuera una ilusión, porque de todos modos era una realidad subjetiva. Se puso el sombrero. Se llevó un dedo a la barbilla en un gesto de intensa concentración. Antes de salir debía hacer algo, y no sabía qué. Se lo recordó un carraspeo discreto. Debía dejar dormida a su madre. No era difícil porque la anciana a esa hora se dormía de pie. Un efecto más de la mala asimilación: de no haber aprendido el idioma y no haberse adaptado ni al clima ni a los horarios.

—Pol favol..., pol favol... —decía, y su vocecita seca resonaba como la de un pájaro extraviado entre las montañas.

—Madre, los anteojos...

Se hizo el silencio. Los cuartos callados invitaban a una reanudación de los experimentos, pero la costumbre del café fue más fuerte. Se puso el sombrero, dio una última recorrida verificando puertas y ventanas y salió a la noche estrellada.

Como conocía el camino de memoria, resultado del hábito, pudo levantar la vista al cielo, no sin un fugaz recordatorio de la cautela necesaria para cruzar las calles, ahora que habían empezado a proliferar los automóviles. Como todo adulto, les tenía

miedo a los accidentes. Lo que más lo impresionaba en esta materia era el contraste temporal entre el instante, o la fracción de instante, necesario para que se produjera un accidente, y los largos meses, o años, que llevaba la reparación de sus consecuencias, si es que tenían arreglo y no persistían el resto de la vida. Había llegado a desarrollar un temor supersticioso del instante, ese pequeño agujero por el que se filtraba todo el tiempo disponible del ser humano. Claro que en las vacías calles nocturnas de Colón eso parecía un exceso de prudencia. Y el cielo negro recorrido de chorros de mercurio fosforescente era una visión que valía el riesgo. La sorpresa de las estrellas lo embargaba. Pero como cada escena se encadenaba con la anterior, todavía seguía viendo el dominó, y la vajilla, parpadeando entre las constelaciones.

Como siempre le sucedía a esa hora y en ese trayecto, empezó a oír las Voces. Era un cotidiano acceso de locura, alarmante, incómodo, casi insoportable, salvo que era breve: como venían, se iban. Sonaban dentro de su cabeza, de modo que no servía taparse las orejas o correr; y sin embargo se apuraba, haciendo muecas, y poco después, mágicamente, las dejaba atrás. Ya estaba acostumbrado, pero, como todo fenómeno inexplicable, conservaban un monto de amenaza latente. Eran frases concisas, definiciones, fórmulas, pero sin sentido. Cuando lo pensaba, antes o después, se reprochaba ser tan aturdido: una frase, media frase, una palabra, siempre tenían sentido. Lo que podía ser insensato era el conjunto, pero si se tomara su tiempo para buscar la clave... Por supuesto, no podía hacerlo en el momento, que era demasiado abrupto y terrorífico, pero tendría alguna posibilidad si las memorizaba, si las anotaba, si hacía listas... A él mismo le causaba asombro que nunca lo hubiera hecho, después de sufrir durante años su asalto, y siguiera sintonizándose pasivamente.

A veces pensaba que no era el único receptor de esos dictados nocturnos. Los otros podían mantenerlo en secreto, como hacía él. Es fácil decir «tenía que pasarme a mí, justamente a mí»; pero, «justamente», todos podían decir lo mismo. Lo preocupante era no entender. Había notado que lo más incómodo de la individualidad era quedar fuera de la comprensión que vinculaba a los otros. Eso le sucedía en circunstancias corrientes, entre sus compañeros de oficina o sus contertulios de café: no era una exclusividad del fenómeno sobrenatural de las Voces, pero éste bien podía ser un modelo. Si eran realmente una alucinación, como sospechaba a veces, podían ser una oportunidad que se daba a sí mismo para aprender y practicar; y como se la daba, la desaprovechaba.

Lo rodeaban los perfiles acechantes de las casas oscuras, las puertas cerradas, las esquinas. En esas circunstancias, y sufriendo una experiencia sobrenatural, lo más natural habría sido sufrir una crisis de terror, y algo de eso hubo, un atisbo nada más porque el café estaba cerca, y al paso que iba, casi corriendo, llegaría pronto. A medida que se acercaba empezó a sentir otro temor, más concreto: que las Voces les estuvieran comunicando a otros, por ejemplo a la policía, lo que él tenía en el

bolsillo. Siempre, desde que oyera a las Voces por primera vez, había albergado el miedo de que se hicieran entender por otros y les comunicaran los secretos de él, que no las entendía. Por suerte nunca había tenido que temer ninguna consecuencia práctica de esta revelación, con la vida honesta que llevaba y su conducta transparente. Ahora, en cambio, la falsificación, si bien él no era culpable, se magnificaba en la noche y tomaba formas amenazantes, como todo bulto irreconocible. Sin quererlo, había transpuesto la frontera entre lo privado y lo público.

Al ciudadano más retraído y secreto, el delito lo volvía automáticamente un hombre público. Y, a partir de ese punto, todo lo que se ocultaba se volvía a su vez un delito, en una proliferación sin fin.

Pero la noche decidió que pasara otra cosa. No la aparición de la policía, sino la de un auto. Del fondo de la calle vino uno de los grandes autos oficiales, a una velocidad intermedia, y en la esquina justo frente a él lo chocó otro auto que venía por la transversal. Curioso. Debían de ser los únicos dos autos en marcha a esa hora en toda la ciudad, o al menos en el barrio, y tenían que chocar entre sí. «Nunca se sabe lo que puede pasar». Por lo visto, el accidente sí era un concepto universal. El segundo auto, que fue el instrumento activo del choque, era mucho más pequeño que el otro, y más precario (parecía un modelo casero, armado por un bricoleur). A pesar de ello, quizás por efecto de la velocidad, o de la posición, el auto grande volcó y quedó cabeza abajo, mientras el pequeño seguía su marcha con apenas un traqueteo de latas sueltas que fue ahogado por la acelerada del motor, y un segundo después se perdía calle abajo. Todo había sucedido en un par de segundos, y Varamo no había tenido tiempo de reaccionar ni en un sentido ni en otro. De cualquier modo no tenía más que seguir su marcha, que no había interrumpido, para acercarse al auto cabeza abajo en la cruz de la esquina. Mientras lo hacía vio salir arrastrándose por la ventanilla delantera a un hombre, que se puso de pie tocándose brazos y piernas para comprobar que estaba ileso, y al levantar la vista lo vio a él. Le hizo un saludo casi alegre, al reconocerlo. A Varamo, de reflejos más lentos, le llevó un instante reconocerlo: era el chofer del Ministerio que esa mañana le había dado el peso para su madre. Era negro, y los dientes le brillaban en la cara, señal de que estaba sonriendo. Típico de la irresponsabilidad de su raza. Pero no tanto. Porque cuando parecía a punto de dirigirle la palabra, se acordó de algo, puso gesto de preocupación y se volvió hacia el auto del que acababa de salir. Las ruedas seguían girando en el aire. Se inclinó a mirar por las ventanillas, que estaban a ras del suelo, y lo que vio lo puso en movimiento. Probó con la portezuela trasera, que se abrió con mágica facilidad, al revés. Empezó a meterse, pero antes se volvió hacia Varamo, que para entonces ya había llegado, y le pidió que lo ayudara. Dentro había un hombre gordo, de traje negro, sin conocimiento. Estaba en una postura curiosa, apoyado en los hombros y parte de la espalda, como si se hubiera congelado en medio de una vuelta carnero. El negro se metió, lo empujó hasta voltearlo, y después entre él y Varamo lo sacaron al empedrado tirando de las piernas. Era el Ministro de Economía.

No había sido un accidente, sino un atentado. Desmayado y todo, el Ministro constituyó su despacho provisorio en la casa de la esquina, a cuyas ocupantes despertó el negro. Lo pusieron en un sofá y mandaron a buscar a un médico y a su Secretario. La presencia de este último era superflua, porque el negro Cigarro (lo llamaban así porque además de chofer y quinielero era distribuidor de cigarrillos de contrabando) tomó en sus manos el tratamiento de la emergencia. Antes de que llegara el Secretario, de nombre Dídimio, le había expuesto sus sospechas a Varamo: según él, el ataque era obra de anarquistas, que habían aprovechado una carrera de regularidad que se estaba llevando a cabo y que constituía un acontecimiento nacional. Como Varamo no sabía qué clase de carrera era ésa, se la explicó.

En las carreras llamadas «de regularidad» lo que importaba era mantener constante una velocidad prefijada, y ganaba no el que llegara primero sino el que desde la largada hasta la meta se apartaba menos de esa velocidad. ¿Cómo se podía comprobar cuál lo hacía y cuál no? Bueno, dijo, era bastante complicado pero perfectamente posible, aunque, eso sí, exigía preparativos muy meticulosos y muchos cálculos. Si el trayecto total era de doscientas millas, y la velocidad establecida de cincuenta millas por hora, y el auto partía a las cinco en punto (no partían todos los participantes juntos, sino uno cada quince minutos), entonces debía pasar por el punto medio del trayecto (las cien millas) a las siete en punto; en ese sitio un vigilante, planilla y reloj en mano, tomaba nota de su paso. En muchos otros puntos del camino, todos ellos calculados del mismo modo, había otros tantos vigilantes controlando el paso de todos los autos. Al terminar la carrera se reunían todas las planillas, se hacía el recuento, se promediaban las puntualidades e impuntualidades en minutos y segundos, y de ahí salía el ganador. ¿Pero no era demasiado fácil?, quiso saber Varamo. Si el conductor tenía una planilla con los puntos de control y los horarios, ¿no le bastaba con pasar frente a cada control a la hora exacta en que debía hacerlo, sin preocuparse en lo más mínimo de mantener una marcha constante, por ejemplo acelerando a fondo después de pasar un puesto y deteniéndose antes de llegar a otro a esperar el momento de pasarlo? Cigarro se rió muy satisfecho con la pregunta, y procedió a sacarlo de su ignorancia: salvo dos o tres puntos dados misericordiosamente como referencia, todos los demás eran secretos. Sólo el comité organizador sabía dónde estaban ubicados. Varamo asintió. De todos modos, parecía un evento muy aburrido, una carrera de paciencia y nervios, sin emoción. Cigarro, y Dídimio, y el médico, que entre tanto habían llegado y se habían integrado a la conversación, se mostraron de acuerdo, aunque el médico hizo una salvedad: una emoción era reemplazada por otra de índole distinta, y el instinto de competencia sobrevivía. Concluyó, filosófico, que «había gente para todo».

Aquí el negro, que estaba bien informado, tenía algo que decir. Pero antes quiso saber cómo se encontraba su patrón. El médico emitió un conciso «pronóstico reservado» y siguieron charlando. Estas carreras, empezó Cigarro, eran pruebas esencialmente mecánicas, típicas de momentos históricos en que la industria

automotriz ponía a prueba sus progresos; y atraían a los fanáticos del auto en sí, lo que los volvía acontecimientos más bien esotéricos, de poco lucimiento para el público. La presente carrera era un caso especial porque había sido promovida por la Administración Central, como parte de los festejos de inauguración de las carreteras eslabonadas que unían las ciudades de Colón y Panamá, cruzando todo el istmo. En realidad (y aquí bajó la voz, en el tono de estar revelando un secreto de Estado) se la había pensado más bien como una trampa para anarquistas. Para ellos, una carrera de regularidad era una provocación; sus estrictas normas de orden en el tiempo y el espacio necesariamente tenían que repugnar a la mentalidad ácrata. Tal como estaban las cosas en el país, con la caldera conspirativa a punto de estallar, el evento sería una especie de señuelo, imposible de pasar por alto. De hecho, a tal punto podía atacar los nervios el desarrollo de una carrera de regularidad que era capaz de volver anarquista a un ciudadano normal, hasta ahí respetuoso de las normas del orden. Se habían dado casos. No era infrecuente que un participante, sospechando, con razón o sin ella, casi siempre precipitándose a sacar conclusiones, que ya había perdido demasiados puntos pasando fuera de tiempo controles ocultos, renunciaba a seguir cumpliendo con los plazos, y en lugar de volver a su casa salía a toda marcha, se ponía a la par de otro auto que seguía en carrera, y con aceleradas ruidosas, bocinazos y gestos obscenos lo desafiaba a correr, a tirar por la borda las reglas, apelando a su machismo y al impulso salvaje de ir adelante y hacer tragar polvo a los demás. Si con ése le fallaba la maniobra, no tenía más que correr un poco más (¡y cómo disfrutaba de la libertad de hacerlo, mientras los otros seguían atados al velocímetro!) y repetía la maniobra con el siguiente, es decir el anterior. Si las carreras de regularidad eran una educación del carácter del automovilista, estos exabruptos de los incivilizados eran sus «exámenes parciales».

La primera etapa, y no la más fácil, era un complicado recorrido por las calles de Colón, antes de tomar la ruta. Ya aquí se esperaban deserciones. El Ministro, que se preparaba para una larga noche en vela recibiendo los informes telegráficos de los principales controles, quiso dar un paseo para ver a algunos de los participantes ya en marcha y antes de que salieran de la ciudad. Esto también, agregó entre paréntesis, tenía algo de provocación, sobre todo si el trayecto del paseo recortaba el de la carrera en alguna bocacalle, o en todas, teniendo en cuenta que los corredores no podían frenar. Pero como el Ministro sí tenía el plano completo de horas y lugares, no corría peligro ya que su mente habituada a los más difíciles cálculos matemáticos le permitía...

En este punto el Doctor Garruto quiso saber por qué el Ministro de Economía se estaba ocupando de esta carrera. No parecía algo directamente relacionado con su área, si bien la vida económica lo abarcaba todo. El negro le dirigió una mirada al Secretario Dídimo, y éste, después de soltar un triste suspiro, explicó que por esta noche el Ministro de Economía era también Ministro del Interior; había jurado este cargo suplementario apenas unas horas antes, a minutos de la sorpresiva renuncia del



anterior Ministro del Interior.

Garruto y Varamo arquearon las cejas en gesto de sorpresa. El Ministro del Interior había sido una personalidad fuerte, que había ejercido una verdadera hegemonía en la vida política del país. Su renuncia, de la que no se había informado al público, era una sorpresa. El negro Cigarro, con el tono del que dice apenas una pequeña parte de lo que sabe, comentó que el agravamiento de la situación no había dejado otra alternativa; y prosiguió el cuento donde lo había dejado: el señor Ministro, desde el asiento trasero, le iba diciendo por qué calle tomar, dónde detenerse, dónde avanzar, y así habían visto a una enorme cantidad de competidores pasar frente a ellos en su agradable constancia de movimiento. No se había equivocado una sola vez, y tampoco lo había hecho, podía jurarlo, en esta esquina, de modo que el choque había sido deliberado; y alevoso, a juzgar por la huida del culpable. Pero sería fácil atraparlo. Mejor dicho, fácil no. Era cuestión de cálculo; dadas las premisas de la carrera, y disponiendo de los datos pertinentes (en este momento sacó del bolsillo las planillas y hojas de ruta y las desplegó), podían saber dónde se encontraba el fugitivo en cada momento. Ninguna novela policial había previsto un modo más infalible y geométrico de identificar y atrapar al culpable de un crimen. Sólo había que poner un poco de cerebro. Los invitó a trasladarse a la mesa del comedor para trabajar más cómodos. Una vez allí empezó a repartir los papeles; pero Varamo se excusó diciendo que no había traído los anteojos de leer (falso, porque no los usaba). El negro hizo un comentario a media voz sobre la falta de patriotismo de alguna gente, y los otros dos, obedientes, se concentraron en la tarea.

A Varamo le parecía muy sospechoso que el negro tuviera en el bolsillo la documentación secreta de la carrera; además, había podido ver que estaba escrita con su letra (que él reconocía por los mensajes de quiniela que le llevaba a su madre). Lo más probable era que eso significara que Cigarro había hecho copias clandestinas, para vendérselas a los corredores. No estaba fuera de su línea de negocios marginales. No quiso hacerle el juego por ese motivo, y por otros. La exposición anterior, sobre las carreras de regularidad, le había sonado vagamente familiar. Las Voces actuaban del mismo modo, salvo que con ellas él era a la vez el camino y los autos. Podía haber alguna relación, y en ese caso el resultado de la carrera como un todo podía ser la revelación de su secreto. Por lo que sabía, la falsificación de dinero era una estrategia favorita de los anarquistas. Muchas veces, hechos aparentemente independientes están relacionados por un lazo causal; lo que engaña es la simultaneidad, que hace pensar en el azar. Pero el dinero falso, y el genuino también, son simultáneos, corren por los capilares sociales todos al mismo tiempo, y más o menos con el mismo ritmo, y no son independientes uno del otro. Si es cierto el axioma económico de que la moneda mala circula más rápido que la buena, se establecía una curiosa equivalencia con esos corredores derrotistas en las carreras de regularidad, que se ponen a la altura de los corredores buenos sólo para provocarlos con sus aceleradas. De modo que se levantó de la mesa y diciendo que iba a ver cómo

seguía el enfermo salió del comedor. Necesitaba una distracción, porque la cantidad de preocupaciones que puede acumular la mente es limitada. Y en cierto modo la distracción la tenía servida en bandeja, porque estaba en una casa ajena, en la que nunca antes había entrado, y donde todo le era desconocido y nuevo.

Estaba en una casa. ¿Pero en cuál? Debía de saber cuál era, porque estaba en su camino cotidiano; y era cotidiano de toda la vida porque no se había mudado desde que naciera. Las casas se ven diferentes de fuera y de dentro, y se había metido en ésta en forma tan precipitada que no había prestado atención al pasaje y su conciencia no lo había registrado. Tuvo que hacer la reconstrucción: el accidente, la esquina... Se dio cuenta de que estaba en la casa de las Góngoras. Si hubiera tenido alguna duda, habría quedado descartada en ese momento cuando una de las Góngoras en bata pasó frente a él muy apurada, rumbo a la cocina, y creyendo seguramente que él se había levantado de la mesa para pedir café, le dijo que lo estaban preparando y que ellas mismas lo servirían. Cuando quedó solo, volvió a mirar a su alrededor, con renovado interés. «La casa de las Góngoras» era un sitio bastante misterioso, al menos para él. Desde que era chico había oído a la gente del barrio referirse a la casa y a sus habitantes con medias palabras e insinuaciones, que en última instancia, se había convencido, provenían más de la ignorancia o el desdén de averiguar que de un conocimiento cabal de los hechos. En realidad, a las Góngoras se las veía muy poco, y no se daban con nadie. Por lo visto, se satisfacían con su propia sociedad y se encontraban a gusto en su casa, o tenían muchos quehaceres que atender en ella. Las mujeres que viven solas siempre despiertan habladorías, sobre todo cuando llevan una existencia recluida y se desconoce el origen de sus ingresos; si esos ingresos no existen, o no hay hipótesis plausibles al respecto, es peor, porque se introduce un elemento casi sobrenatural. «Viven del aire». La casa, vista desde la calle, era una construcción oscura en medio de un bosque de palmas silvestres y arbustos enmarañados. Si bien la fachada no era del todo visible tras la vegetación, las puertas y ventanas parecían estar siempre cerradas. Lo que se veía daba una impresión de decadencia y abandono. ¿Cuánto tiempo hacía que vivían ahí las Góngoras? ¿Cuarenta, cincuenta años? ¿Cien? Cuando Varamo era chico ya estaban. Seguramente se habían sucedido las generaciones, porque seguía habiendo Góngoras jóvenes. Si había hombres, los tenían muy escondidos, o los recibían con gran disimulo. Aunque él pasaba todas las noches por enfrente, camino del café, nunca le prestaba atención, lo que podía ser un embotamiento de la percepción debido al hábito, pero también podía deberse a que a esa altura del camino arreciaban las Voces, y su cerebro quedaba demasiado ocupado para mirar casas.

Se pusieron a charlar. Todo entraba en la conciencia de Varamo con fluidez de líquido: algunas informaciones lo hacían en forma lineal y ordenada, otras torcidas, dobladas, con cuernos, pero todas por el mismo envaselinamiento barroco que le hacía sospechar que si era tan fácil entrar, sería igual de fácil salir. Las Góngoras resultaron ser dos nada más, dos señoras sesentonas, corpulentas, criollas oscuras,

hermanas entre sí, bien conservadas. A una discreta pregunta de él contestaron riéndose que no, nunca había habido madres o abuelas, siempre ellas. Tampoco hijas. «No nos casamos porque nos bastó nuestra sociedad mutua», dijo una; la otra asintió, y la que había hablado, mirándola un instante, le dijo a Varamo: «Mi hermana perdió una pierna en un accidente», lo cual quizás era una explicación de por qué no se habían casado, o por qué vivían tan encerradas, o por qué habían dado origen a tantos rumores ambiguos. «De todos modos, no vivimos solas», apuntó la renga. Y las dos hicieron el panegírico de la fidelidad de tantos viejos amigos que seguían visitándolas, «anoche justamente hubo una reunión, ¡nos amanecimos charlando, escuchando música...!». En efecto, abundaban señales de una fiesta prolongada: los ceniceros rebosaban de colillas, había copas y vasos sucios, platos con restos de bocadillos. «¿Se ocupan ustedes solas de la casa?». Tenían una criada, que en realidad era como de la familia, como una hija, Carmen Luna, «a la que usted seguramente conocerá por el apodo de Caricias». No, a Varamo no le decía nada. Se mostraron extrañadas, y le dijeron que la reconocería cuando volviera. «La sacamos de la cama, pobrecita, para ir a buscar a toda esta gente», dijo una de las Góngoras con un cabezazo en dirección al comedor. Y la otra, insistente, mirando fijo a Varamo: «Usted y ella jugaban juntos cuando eran chicos». «No me acuerdo. ¿No me estarán confundiendo?». «¡No! ¡Por favor!», exclamaron a coro. «Usted es el hijo de la señora china tan simpática». «Nosotras conocíamos a su padre, Tuñón de Varamo, y a su tía Ilolay». Para completar estas revelaciones, agregaron: «Creíamos que usted seguía al tanto de la vida de Carmen, porque anda de novia con su amigo Cigarro». En este punto sí Varamo recordó algo, probablemente distinto de lo que ellas tenían en mente. Aunque Cigarro no era su «amigo», solía intercambiar unas palabras con él en la puerta del Ministerio, y el negro había aludido más de una vez a una mujer, según él «la última mujer», y había pronunciado ese nombre: Caricias. Nunca se había puesto a pensar en serio qué quería decir. «La última mujer» parecía significar algo poco amable, pero también podía referirse a «a última mujer de verdad»; y de algún modo el nombre, Caricias, sugería esa definición.

El interés de las dos señoras en él, y esta conversación, empezaban a explicarse por su supuesta relación amistosa con el negro. Después de unos preliminares sobre el interés que tenían en el bienestar y el porvenir de su criada y ahijada, fueron al grano. ¿Era estable el empleo de Cigarro? ¿No lo afectarían las recientes turbulencias políticas? Dijo no saber de ninguna turbulencia, pero de todos modos no creía que ningún cambio de esa naturaleza pudiera afectar al puesto del novio: «En las Revoluciones los desplazados son los altos funcionarios, no los choferes». Era lo que ellas pensaban, dijeron, pero su preocupación tenía otro origen, al que pasaron eligiendo las palabras con cuidado. Lo que no se explicaban era cómo podía haber Ministerios en la ciudad de Colón, si no era la capital del país. ¿Se trataba de Ministerios provinciales, municipales, regionales? «No, son nacionales», dijo Varamo sin vacilación. Ellas asintieron. Era lo que habían pensado siempre, lo que siempre

habían dado por sentado: los Ministerios eran los Ministerios de Panamá. ¿Pero en qué mundo se había visto que un Ejecutivo nacional tuviera sus Ministerios funcionando fuera de la capital del país? Y no era una ciudad vecina, de las que se pudiera confiar que el crecimiento urbano fuera a hacer que se fundieran y terminaran siendo una sola urbe. Colón estaba en la costa opuesta, y todo el istmo la separaba de la capital. Hablaban con un voluble entusiasmo, y era evidente que habían reflexionado mucho en la cuestión. Varamo estaba en blanco; jamás se le había ocurrido que ahí pudiera haber algo especial. Pero entendía el planteo. Una vez más, comprobaba cuánto de inexplicable podía alojarse en lo que se sabía desde siempre. Al ver su ignorancia, y su interés, las dos señoras avanzaron sobre la hipótesis que habían elaborado en sus elucubraciones: Colón debía de haber sido una especie de capital veinte años atrás, antes de la independencia, o inclusive antes de la formación del Estado colombiano.

Como fuera, había tenido una estructura ministerial que había resultado oneroso o incómodo trasladar a la capital cuando ésta se instituyó; pero, por supuesto, mantener los Ministerios apartados era más incómodo aún, de modo que tuvo que haber un proyecto de trasladarlos a su sede natural. Que hubieran pasado dos largas décadas sin llevar a cabo el proyecto no podía extrañar, dada la ineficacia con la que se hacía todo en el país. Pero tarde o temprano se haría; de hecho, para cualquier político estas iniciativas demoradas eran un modo fácil de ganar puntos ante la opinión pública y pasar por activo y cumplidor. Y la inauguración de la cadena de carreteras interístmicas, que estaba llevándose a cabo en estos días, podía ser el paso previo lógico. Volvieron a quedarse mirándolo, expectantes. Varamo no sabía qué decir: el problema le parecía a la vez muy lejano y muy cercano: lejano como todas esas cosas en las que uno nunca se ha puesto a pensar, cercano como esas mismas cosas no bien uno las piensa y se da cuenta de que lo afectan. Porque si había mudanza, él también podía verse en la disyuntiva de mudarse o renunciar. Irse de Colón, de su ciudad natal de la que nunca había salido un solo día, estaba fuera de discusión, si no por él por su madre. Y quedar sin trabajo significaría la muerte a corto plazo. Como fuera, tuvo que confesar su ignorancia, pero prometió averiguar. Ellas asintieron diciendo que seguirían en contacto; «total, somos vecinos». Su interés en el asunto era puramente altruista, o maternal: querían asegurarse de que el futuro marido de su protegida fuera un hombre con medios sólidos de subsistencia. Que fuera un negro no las preocupaba. Y no debían de estar al tanto (curioso en señoras que parecían experimentadas) de que Cigarro tenía una próspera línea de negocios marginales.

En el curso de la conversación que siguió, ya más relajada, se fue confirmando que eran mujeres prácticas, con buen ojo para los negocios. Esto salió a luz de modo más bien indirecto. Hubo ruidos fuera, y las Góngoras se pusieron en movimiento: una primero, otra después (se turnaron para no dejarlo solo, por cortesía), fueron a sus cuartos y volvieron empolvadas, peinadas, enojadas. «Al final», comentaban, «se armó una reunión sin querer». Y agregaban, con sonriente confianza de gran

mundo: «Los parties improvisados son los más divertidos». Pasarse la noche de fiesta se les hacía lo más natural del mundo. Lo único que lamentaban era que las hubieran sorprendido con «todo desordenado».

Varamo las tranquilizó pro forma, pero una segunda mirada a su alrededor le mostró que en realidad el desorden era completo. No terminaba de captar qué era lo que le daba esa impresión de caos... Sí, de pronto lo captó: eran los palos de golf, que estaban por todas partes, en costosos sacos de cuero apoyados contra las paredes o los muebles, o bien sueltos. De hecho, había uno bajo la mesa, y Varamo ociosamente lo tomó para examinarlo (nunca había tenido uno en las manos). Ellas suspiraron: «Cuando vuelva Carmencita la vamos a hacer ordenar un poco». Él, mostrando el palo: «Ustedes... ¿juegan?». No, jamás habían jugado, y no tenían la menor intención de hacerlo. No sabían siquiera cómo se jugaba, aunque con los años y el trato constante con entusiastas de ese deporte se les había pegado la terminología. Ellas vendían los palos. Por lo visto habían decidido confiar en él, porque le contaron toda la historia, o quizás se la habrían contado a cualquiera que fuera a visitarlas. O bien querían dejar en claro que eran mujeres honestas que se ganaban la vida con el comercio, y no lo que querían los rumores malintencionados (aunque en un aparte reconocieron que de una porción de las calumnias podía ser responsable el feo nombre de uno de esos palos, el «putter»).

Muchos años atrás, los ingenieros y el personal extranjero del Canal, franceses, ingleses y norteamericanos, tres nacionalidades adictas al golf, habían empezado a practicarlo, y hubo una demanda de palos que creció cuando por esnobismo muchos funcionarios locales se plegaron a la moda. Los palos, por supuesto, no se producían en el país, por lo que hubo que importarlos. De eso se habría encargado cualquiera de las casas de ultramarinos de la ciudad, de no haber sido porque el gobierno, en uno de sus habituales apuros de caja, impuso un exagerado arancel aduanero, con lo que volvió casi obligatorio el contrabando. Y ahí fue donde las Góngoras encontraron su oportunidad, ese pequeño «nicho» económico que en realidad no se le niega a nadie en la sociedad, aunque son pocos los que lo ven y lo aprovechan. Ellas lo habían encontrado por un curioso azar, y fue que alguien descubrió que el modo más seguro de realizar el contrabando era subir como visitante a un barco amarrado en los muelles de Colón, y bajar un rato después apoyándose en un «bastón» que no era otra cosa que un palo de golf. Como los agentes aduaneros y vigilantes del puerto nunca habían visto estos palos, ni sabían de la existencia del golf, los tomaban por una especie curiosa de bastón y no pensaban más en el asunto. La Góngora de la pierna ortopédica llevaba la maniobra a su grado más alto de verosimilitud, y terminó especializándose en ella y monopolizando el rubro. Esto se lo explicó a Varamo la hermana, aprovechando que la renga había ido adentro a arreglarse; y agregó que una ventaja marginal había sido que, al tener que hacerse por unidad, la tarea había obligado a la hermana a subir y bajar planchadas de barcos por centenares, o miles, a lo largo de los años, y además de darle un sentido a su vida y un motivo de

autoestima a despecho de la mutilación, la había obligado a un ejercicio intensivo que la había mantenido en forma, ágil y joven. Tampoco se quejaban del otro aspecto del negocio, el trato con los compradores, que las había hecho mantener casa abierta para caballeros extranjeros y personalidades locales, poniéndolas en contacto con la élite de la ciudad. Ahí también, supuso Varamo, podía haber un motivo de la inquietud de las Góngoras por el supuesto traslado de los Ministerios.

No, no podían creer que Colón fuera a perder su prominencia política, cultural, social. Ellas eran viejas vecinas, habían visto cambiar y crecer la ciudad desde que se iniciara la construcción del Canal y a través de los avatares que habían hecho de Panamá un Estado autónomo, y la mutación del siglo... Nunca se les había ocurrido que Colón no fuera una capital, porque era la capital para ellas. Y sin embargo, objetivamente, no era la capital del país. Pero ellas se ponían en un punto de vista anterior al país, y ahí sí Colón era un centro, y eso nadie lo discutía. Colón era la puerta atlántica, europea, del istmo; y, sin embargo, uno de los efectos a largo plazo del Canal podía ser esta transformación, para la que quizás había llegado la hora, del Occidente en Oriente, de Europa en Asia; al fin de cuentas, para eso lo habían abierto. Era como si el país estuviera dándose vuelta en un espejo. Al oírlas, Varamo pensó (y no dijo) que eran típicos razonamientos de contrabandista, profesión para la cual lo nacional era un imperativo categórico. Y lo pensó porque su propio predicamento, que en ese momento le volvía a la memoria, participaba de la misma cualidad: la acuñación era una prerrogativa del Estado, y las infracciones también acentuaban el marco nacional. Pero esas abstracciones se afantasmaban un poco frente al ejemplo de desenvoltura de las Góngoras. A ellas las preocupaba perder campo de acción, perder clientela, y el aspecto delictivo de esa acción parecía tenerlas sin cuidado. ¿Sería porque contaban con alguna protección? ¿O porque el delito en sí, cualquier delito, no era motivo de preocupación? Después de todo, en la sociedad moderna capitalista cada cual velaba por sus propios intereses, y el delito era la forma propia y natural de esa vigilia. Con lo que la sociedad entera vivía en una atmósfera de delito. La ley era sólo un regulador. Pero los intereses individuales se traducían en dinero, y para que éste sirviera a todos los ciudadanos, para que se adaptara a todos los movimientos del deseo y la fantasía (y la realidad), era necesario que mantuviera un nivel de abstracción. Justamente ahí estaba lo inquietante de lo que le había pasado a Varamo: que los billetes falsificados que tenía en el bolsillo introducían una materialidad concreta irreductible; no eran intercambiables por otros, no se abstraían, no se adaptaban. La conversación se interrumpió con la llegada del Jefe de Policía y su asistente. Las Góngoras se alborotaron como gallinas, fueron a la puerta alzando la voz, hospitalarias y dicharacheras. La fiesta se animaba. «¡El Jefe de Policía!», balbuceaba Varamo para sus adentros. «¿Pero dónde vine a meterme, justo hoy? ¿En la boca del lobo?». Las viejas contrabandistas en cambio estaban felices, no pensaban más que en ofrecer tragos y bocadillos, como si no tuvieran un Ministro en coma en la casa. Se lo recordó el recién llegado, de quien el Ministro del

Interior era el superior inmediato. «¡Pero venga a verlo!», cacareaban las Góngoras, «¡lo tenemos instalado aquí en la cabina de transmisión, por orden del doctor! Pero le prevenimos que está inconsciente, pobrecito». Lo desviaron desde el vestíbulo hacia una puertita al costado, para alivio de Varamo, que había estado preparando in pectore un discursito de presentación por si venían para su lado («Yo no tengo nada que ver. Fui testigo casual del accidente, y ayudé en el acarreo del cuerpo de Su Excelencia»). Cuando los vio desaparecer, se escurrió a la cocina, que le pareció el sitio más seguro por el momento. Una imagen lo acompañaba en su huida: la de Carmencita, alias Caricias, que se dejó ver apenas un instante al entrar y fue de prisa a la cocina a servir más café, por orden de las Góngoras. Cuando Varamo fue a esconderse a la cocina, lo hizo en parte con la idea de hablar con ella. Pero como no conocía la casa tuvo que dar una vuelta por los pasillos, y, al llegar, ella ya había ido al comedor. Se quedó esperándola. No podía haber sido su amiga en la infancia, porque era una chica joven. Quizás él había jugado con su madre, y a las Góngoras se les mezclaban las generaciones. No lo recordaba, pero podía ser. Era una explicación lógica, aunque también tenía su lógica que «la última mujer» fuera joven para siempre.

No tuvo mucho tiempo para pensarlo porque oyó voces que se acercaban. Prestó atención: eran las Góngoras y el Jefe de Policía, que venían por el pasillo: «¡El doctor fue el que lo conectó, para que no pierda contacto con el mundo!», explicaba vehemente una de las señoras, mientras el funcionario murmuraba objeciones pesimistas: «Es el modo más seguro de perderlo». Hablaban del Ministro. «¡Nadie es irremplazable!». Y risas muy satisfechas, muy conspirativas. «Esto es la boca del lobo», se repetía Varamo, alarmadísimo. Por suerte las voces pasaron de largo, en dirección al comedor, desde donde vino un coro de saludos y risotadas. Era su oportunidad de hacerse humo, y sin pensarlo más salió rumbo a la puerta de calle, tratando de no tropezar con los palos de golf. Pero al atravesar la sala echó una mirada a su alrededor, buscando a Caricias. En la recta final a la puerta, vaciló. Sin saber bien por qué, quería hablar con la chica, y lo deprimía la idea de perder la ocasión. Una ocasión no se da siempre. Más bien, por definición, no se da nunca. Él lo sabía bien. Las ocasiones se daban en retrospectiva, cuando ya habían pasado. Y la ocasión de hablar con «la última mujer» iba a lamentar haberla perdido, estaba seguro. No importaba que esa calificación de postrera se la hubiera impuesto en broma su novio el negro. Una vez que se había pronunciado, tenía una enorme carga conceptual, que estaba actuando sobre él a pleno. La mirada alrededor le mostró la puertita por la que había visto entrar a los visitantes hacía unos minutos. Sintió curiosidad por ver cómo habían acondicionado al Ministro, y además era la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro: no era probable que nadie entrara ahí en un rato, lo que lo volvía un sitio seguro para hacer tiempo mientras Caricias volvía a ponerse a tiro. Se metió, sin pensarlo más.

Era un ambiente muy pequeño, y aun así para apreciar su contenido debió esperar

a que se le dilatara las pupilas, ya que la única iluminación eran unos botones y cuadrantes de cristal rojo. «El cuarto de transmisión», les había oído decir a las Góngoras... Efectivamente, la mitad del espacio la ocupaba lo que parecía una consola de telégrafo, con bocinas, cables que salían por todas partes, rollos que giraban, pantallas acústicas, manómetros... El movimiento, en la semioscuridad, fue lo que más lo impresionó. Debían de ser mecanismos de relojería, a resorte, que seguían funcionando en ausencia de un operador. En el piso, sobre una colchoneta, estaba tendido el Ministro, con grandes orejeras de cuero y metal en la cabeza, unidas por un cable a la consola. Varamo estuvo unos minutos inmóvil contemplando esta rara instalación. En el silencio, por debajo de su propia respiración, empezó a oír un murmullo que le resultó conocido, aunque sonaba casi por debajo del umbral de percepción. Trató de localizar su fuente, y se dio cuenta de que venía de las orejeras del Ministro. Se arrodilló a su lado, aflojó una, y acercó el oído... Se paralizó del espanto al oír sus Voces. La cabeza le daba vueltas. Se sentó en el suelo, abrumado. Poco a poco, a medida que salía de su desconcierto, fue hilvanando una explicación. Las Góngoras tenían ese aparato para comunicarse con los barcos que traían el contrabando (los palos de golf). Y no era, como había supuesto al principio, un telégrafo, sino un derivado más moderno, de transmisión de voz, como el teléfono. Debían de haberle acoplado un equipo de gramófono por rollos, para mantener la señal abierta las veinticuatro horas. Y alguna fuga eléctrica, muy explicable en el precario tendido de la red en Colón, había hecho que se produjera una filtración o eco de la transmisión en la atmósfera, en los alrededores de la casa. Ésas eran las Voces que él había venido oyendo durante años en sus caminatas nocturnas rumbo al café. Que lo que decían fueran frases sin sentido aparente no podía extrañarle, ya que debían de estar en código. Eso era todo. Y ahora el médico había empleado el dispositivo para mantener con vida al Ministro, perfeccionando con el automatismo la conocida receta de hablarle al paciente comatoso de modo de estimular una respuesta de la conciencia dormida. ¿Pero era un perfeccionamiento? Quizás todo lo contrario, porque ese tratamiento actuaba cuando la que hablaba era una voz familiar, cargada de cariño y reconocimiento, y lo que decía apelaba a la memoria personal, a los afectos, a las razones para vivir.

En eso entró Caricias, de prisa, y chocó con él (había muy poco espacio) con un grito ahogado. Por suerte reaccionó sin pánico: «Entré a cambiar los rollos...», explicó. Él a su vez balbuceó una explicación de su presencia ahí, sin ocultar que era pura curiosidad. La joven se mostró amistosa; a veces las crisis hacen caer las barreras de la timidez o la desconfianza. Después de sacar y poner los rollos en la máquina, le mostró una encantadora sonrisa en la penumbra, y Varamo se sintió alentado para decirle que él había venido oyendo desde hacía mucho tiempo parte de esas transmisiones, y que siempre le habían resultado enigmáticas. «No me extraña», dijo ella: «para el que no conozca el código en que están cifradas tienen que parecer puros disparates». Tomó un cuaderno de un estante y lo hojeó someramente; en la



semioscuridad sólo se veía que estaba cubierto de una escritura grande y torpe en letras de imprenta. «Aquí están las claves». Acto seguido, y para gran sorpresa de Varamo, le dijo que en realidad él era el disparador de las transmisiones nocturnas. Como las señoras de la casa, y ella misma, solían estar muy ocupadas con los invitados, y era necesario que la transmisión se iniciara todas las noches a la misma hora, lo habían usado a él como «encendido», ya que habían notado la puntualidad de su paso rumbo al café. La masa de su cuerpo, al entrar en un campo magnético previamente delimitado en la calle, ponía en marcha el mecanismo automático. «Eso explica muchas cosas», dijo Varamo, y después de una pausa agregó: «Muchas cosas que habrían seguido siendo inexplicables de no ser por la casualidad que hizo que hoy entrara en esta casa». «No creo que sea casualidad, señor Varamo». «¿A qué se refiere?». «A que ese negro pérfido pudo tenerlo todo planeado». «Creía que era su novio». «Empiezo a sospechar que Cigarro no me quiso nunca. Simplemente me usó, para tener acceso a este sistema de comunicaciones, que ahora se propone usar para alcanzar sus objetivos». «¿Y cuáles son esos objetivos?». «No lo sé bien, pero me temo que se propone encabezar una Revolución y llevar a la raza negra al poder». Por la falta de lugar estaban hablando muy juntos, casi pegados, y Varamo lo encontraba muy agradable, tanto que no le resultó especialmente inverosímil lo que oía. En todo lo que estaba pasando había un sustrato de demografía, y cualquier cosa que dijera en ese sentido «la última mujer» adquiría significado automáticamente, absorbía el significado del contexto como una aspiradora y lo acomodaba a su propia emisión. Lo que sí, a él no se le ocurría qué decir. Era su viejo problema: no sabía hablar con las mujeres. Ella le ahorró el problema: «Tenemos que detenerlo. Lo que podemos hacer es cambiar las claves, para que no pueda comunicarse con los barcos invasores que vienen de Haití. Llévase esto», dijo dándole el cuaderno, «y empiece a hacer las modificaciones. Después podemos terminarlas juntos. Yo tengo muchas ideas. Ahora tengo que irme, o van a notar mi ausencia. Venga más tarde, entre por el patio trasero». Abrió la puerta y salieron los dos, Varamo metiéndose el cuaderno en el bolsillo. Ella fue hacia el comedor, después de señalarle la puerta de la calle, por la que él salió sin hacer ruido.

Un minuto después, iba caminando por la calle conocida, como todas las noches. Las Voces iban quedando atrás. Sonrió al pensar que ahora llevaba en el bolsillo la piedra de Roseta para descifrarlas. Y volvió a sonreír al recordar la misión que le había encomendado su nueva amiga: mezclar las claves, confundir los códigos, de modo de volver a hacerlas indescifrables. Pero ese trabajo podía esperar. Ante él, al fondo de la calle, resplandecía el café como un carbunclo. Cuando iba a entrar, todo el mundo salía, y algunos lo saludaron. Por culpa del accidente, se le había hecho tarde. Unas palabras sueltas que oyó le dieron a entender que la conversación de la noche había tenido por tema la carrera de regularidad, y al parecer los entusiastas volvían a la largada a ver partir a los últimos coches. Entre eso, y los rumores políticos que corrían, debía de haber sido una tertulia animada; temió que fuera

demasiado tarde y ya estuvieran cerrando, pero una mirada por los vidrios le mostró que había mesas ocupadas todavía. Como sus conocidos se marchaban, se hizo el plan de sentarse solo y examinar las claves. No pudo ponerlo en práctica porque no bien hubo entrado, una figura densa y chillona se precipitó hacia él gritando: «¡Devuélvame la plata que le presté! ¡No se haga el sordo!». Era el loco de siempre; a la tarde ya lo había interpelado en la plaza. Ahora estaba excitadísimo. Señalaba con un gesto vago las mesas: «¡Hay que pagar las consumiciones!». Esta salida provocó una carcajada unánime de los parroquianos, todos atentos al incidente. Entre la urgencia intempestiva del loco, y el desconcierto de Varamo, la escena debía de ser sumamente cómica. Alguien dijo: «¿Doscientos pesos? ¡No bebimos tanto, chico! Con diez alcanza». Más risas, y una distracción del loco, que Varamo quiso aprovechar para escabullirse, pero se le adelantó el patrón, que sacó del local a empujones al orate. «¡Ya hiciste bastante escándalo!». Varamo buscó una mesa donde sentarse; había quedado al lado de una donde estaban tres habitués, que lo miraban sonriendo. Uno le dijo: «A usted debió de verle cara de rico, porque a nosotros nos reclamó menos». Otro lo corrigió: «No. Es que va acumulando los intereses. Al señor lo estuvo interpelando hoy en la plaza, yo lo vi». Cómo se fijan, pensó Varamo. Pero eran amistosos. Antes de que encontrara algo amable que responder, el que había hablado primero lo invitó a sentarse: «Usted trabaja en el Ministerio, ¿no? ¿Qué se dice ahí sobre lo que está pasando?». Se sentó con ellos, pero no tenía gran cosa que decirles, salvo que el todopoderoso Ministro del Interior había renunciado, y eso ya lo sabían.

Eran tres caballeros especialmente bien informados, colegas, ocasionales socios, amigos de vieja data. Varamo los veía siempre en el café, y a veces intercambiaba unas palabras con ellos, pero ésta era la primera vez que compartía su mesa. No se les había acercado antes pensando que hablarían de su profesión común, que era la de editores de libros, y él no sabía nada del tema. Pero por lo visto ellos sí lo consideraban interesante. Eran cabales representantes de un negocio que había nacido con el país, y había crecido hasta ser su principal proveedor de divisas: el de editor pirata. Ilegal, pero tolerada, la actividad se había hecho legendaria, y Colón era su centro histórico. Gracias a ella, los libros panameños habían cubierto el continente, es cierto que con una literatura comercial, complaciente, que respondía a las necesidades más perentorias de entretenimiento y evasión, pero aun así bastante dignos porque seguía tratándose de libros. Libros muy modestos, eso sí, impresos en el papel más barato, tapas de papel con alguna ilustración chillona y vulgar, en general no muy resistentes al uso. La ganancia estaba en operar al margen de todas las leyes de la propiedad intelectual, todavía no muy firmes en ninguna parte, y menos internacionalmente, porque la legislación iba a la zaga del crecimiento del mercado. Éste se había ido desarrollando de modo desperejo en toda el área del idioma, al ritmo de los procesos sociales de los distintos países de la América hispana, y el aumento de la alfabetización, que era un fenómeno mundial. Por su situación

geográfica, Panamá había sido el centro ideal de dispersión, a lo que ayudó la disponibilidad de medios de transporte para las costas de ambos océanos. También colaboró el estado laxo de la legislación industrial, en un país nuevo en vías de organización, con jurisdicciones mezcladas e inconexas. Y fue determinante asimismo su carácter cosmopolita, la comunicación constante con los centros de cultura europeos y norteamericanos y su composición demográfica. La finalización de los trabajos del Canal había dejado en el país una abundante «mano de obra desocupada» anglo y francoparlante que, adaptada al clima tropical, se resistió a volver, y en la alternativa de hacerse traductores o alcohólicos callejeros prefirió (en parte) lo primero. Con el tiempo, sobre ese ejército de traductores salvajes había actuado la selección natural, se había decantado y profesionalizado, y había llegado a ser un gremio rápido y eficaz. Se les pagaba muy mal (era lo único que condescendían a pagar los editores piratas, además de la provisión de papel, y eso sólo para mantener la máquina en marcha), y si en general carecían de elegancia y estilo, se las arreglaban para ser inteligibles, y con eso bastaba. Los ocasionales compañeros de mesa de Varamo eran tres de los editores piratas más activos y prósperos de Panamá. No magnates, porque no daba para tanto, pero sí hombres de rentas y recursos, los tres propietarios de imprentas, como era el caso de todos estos empresarios piratas. Aunque competían entre ellos, habían mantenido la amistad seguramente porque su campo de acción era demasiado amplio como para que tuvieran que disputarse un sector. Toda la literatura del mundo estaba a su disposición, y podían elegir libremente en ese tesoro inagotable.

Varamo insinuó el tema del supuesto traslado de los Ministerios a Panamá City, la capital, y les preguntó si no los afectaría. De paso, quería averiguar qué había de cierto en los temores de las Góngoras. Ellos barajaron la idea con la amplitud de miras que les era connatural: los afectaría marginalmente, en tanto sus imprentas hacían trabajos de papelería oficial; y por supuesto tendría el inconveniente de alejarlos de las oficinas de Comercio Exterior con las que debían negociar, aunque los sobornos y comisiones no tenían por qué sufrir si eran pagados más cerca o más lejos. De todos modos, y ahí los tres estaban de acuerdo en hacer desdeñosamente a un lado la cuestión, ése era el menor de sus problemas. Panamá era apenas el punto central, un punto casi abstracto, de un círculo muy vasto donde estaba la demanda, y ésta se extendía por todas partes. El problema de ellos era percibir lo concreto desde lo abstracto. Y sucedía que lo concreto en este caso era algo tan volátil como el gusto, o la fantasía, o el capricho colectivo. Eso los había obligado a ser perennes exploradores de lo nuevo, del cambio. Ellos mismos estaban cambiando siempre, al punto que perdían de vista los patrones de cambio, y solían quedar descolocados. En el momento presente, esa noche, podían ver que todas las transformaciones del mercado en los últimos veinte años se habían dado en el marco del modernismo, que había sido el gran disparador original. La obra y personalidad de Rubén Darío habían creado un mercado, como mito de origen, y sus innumerables imitadores habían

alimentado las prensas desde entonces, perfectamente sintonizados con el público lector que ellos mismos eran. Pero ese paradigma se había agotado..., todo se agotaba, por necesidad. Cada libro llevaba en sí la semilla de otro libro, cada dirección que tomaba la voluntad colectiva estaba cargada con una dirección diferente que la desviaba. Por paradójico que pudiera parecer, también dentro de esta literatura de entretenimiento y consumo había vanguardias, experimentaciones, y la atención del público reaccionaba a ellas como la mariposa al aire que atraviesa.

Eso significaba, dijeron, que ya podía estar necesitándose otra cosa. Quizás ese «aire suave, de pausados giros», ya se había pasado de moda. De hecho, coincidían en que estos últimos años habían estado avanzando por inercia, y en que se necesitaba un alimento nuevo para una nueva generación de lectores. Quizás, dijo uno, «había llegado la hora del realismo». Los otros dos lo negaron con vehemencia: la hora del realismo no llegaría nunca. A lo cual la respuesta, y ahí volvían a estar de acuerdo, era que eso dependía de cómo se definiera el realismo. En ese sentido sí, la hora del realismo estaba llegando todo el tiempo. Varamo quiso saber si todo lo que publicaban era traducido. «De ninguna manera. Hemos abrevado mucho en los catálogos de editoriales españolas y americanas». Varamo había hecho la pregunta sólo por participar en la conversación, pero ellos le supusieron un interés práctico: «¿Usted escribe?». Negó sonriendo divertido. Jamás se le habría ocurrido. «Pero nosotros estamos abiertos a la producción local, si proviene de gente inteligente y cultivada como usted. ¿No le gustaría probar?». Respondió que era una perspectiva atractiva. Pero nunca lo había hecho, no conocía ni siquiera los rudimentos del oficio de escritor... «¡Esto no tiene ninguna importancia!», exclamaron. Al contrario: en tierras bárbaras como las americanas, los autores daban lo mejor de sí antes de aprender el oficio, y en nueve casos de cada diez su primer libro era el mejor, además de que, por lo general, era el único. Al quedar sin argumentos por ese lado, Varamo improvisó una cortés fantasía: «Desde hace tiempo tengo ganas de escribir un libro, volcando mis conocimientos y experiencias en mi hobby de embalsamador aficionado. Hasta tengo pensado un título: *Cómo embalsamar animales pequeños*». No lo habría dicho si hubiera previsto el ardiente interés que provocaría su declaración. Los tres editores se dijeron dispuestos a publicar ese libro ya mismo. «¿Cuándo puede entregar el original?». «¿Tiene ilustraciones?». «Yo tengo papel disponible para una buena tirada». «Yo lo haría en tapa dura». Aunque era un castillo en el aire, se sintió obligado a poner alguna restricción: dijo que en realidad no había logrado resultados satisfactorios en su actividad de embalsamador. «¡Eso no importa!». Importaba la ilusión del trabajo; en el estadio actual del capitalismo, el trabajo iba rumbo al juego, y perdía necesidad; de ahí que el futuro estuviera en la poesía de las instrucciones emancipadas de los resultados. Siguieron en esta vena un rato, pero Varamo se había distraído, y al fin los interrumpió: «Se me ocurre una cosa: el título podría hacerse más atractivo si fuera *Cómo embalsamar animales pequeños mutantes*». Los editores quedaron con la boca abierta. Estaban pensando:

Éste es de los nuestros. Ya daban por hecho el libro, y la edición. El mismo Varamo, arrastrado por el entusiasmo que había despertado, no encontraba tan imposible la faena, en la que vio de pronto una sorpresiva solución para sus aprietos financieros.

Pero este último pensamiento le trajo a la mente la característica de esos editores. Con la mayor delicadeza que pudo, sacó a luz el tema de la remuneración: había entendido que ellos no pagaban derechos de autor... En efecto, nunca lo hacían, pero para casos como éste tenían previsto un pago único, contra entrega del material. Igual que a los traductores, salvo que a éstos se les pagaba estrictamente por la cantidad de páginas (de palabras, en realidad), mientras que a él podían ofrecerle una cantidad fija fuera cual fuera la extensión, siempre que superara las sesenta y cuatro páginas que necesitaban para que «diera el lomo». Esa munificencia se debía a que le estaban pagando «el título», es decir la idea. Por el modo en que lo dijeron, Varamo adivinó que el susodicho título lo usarían de todos modos, y desde ese momento se sintió obligado a escribir el libro. Preguntó cuál sería esa cantidad. Los editores intercambiaron miradas, y al fin habló uno de ellos: «Podríamos pagarle, digamos... doscientos pesos, que pondríamos en partes iguales nosotros tres, para hacer tres ediciones simultáneas a distribuir en distintas áreas del continente». ¡Doscientos pesos! Fue el turno de Varamo de quedar boquiabierto. Cuando pudo hablar, balbuceó: «No me imaginaba que fuera tan buen negocio. Creía que los libros se vendían a diez centavos...». Muy complacidos con su reacción, porque en general obtenían la opuesta, los editores le explicaron los maravillosos secretos matemáticos del comercio del libro, sus sorprendentes paradojas y sus fluidas transformaciones de lo poco a lo mucho. Además, agregaron, le estaban ofreciendo un trato especial, como para estimular una nueva vocación, con la esperanza de que fuera el comienzo de una fructífera asociación. Aunque Varamo aceptó como una verdad revelada las prestidigitaciones contables que le habían expuesto, lejos de exaltarlo lo hicieron volver a la realidad; porque si bien doscientos pesos era una suma soberbia (él lo sabía mejor que nadie), y en realidad la suma justa, también a ella había que desplegarla sobre el fondo de otras cifras, la primera de las cuales era la cantidad de días o meses que le llevara escribir la obra. No había mentido al decir que no sabía nada del oficio de escritor. Ahora, al pensarlo en términos prácticos, se le ocurría que escribir un libro no podía menos que insumir años. Muy desalentado, dijo: «Me temo que va a llevarme mucho tiempo, habida cuenta de que sólo podría ocuparme por un rato durante las tardes, al salir del Ministerio...». Lo cortaron en seco: «¿Pero qué dice? ¿De qué está hablando?». Le explicaron que escribir era muy fácil y se lo podía hacer muy rápido. «¿Tiene algo que hacer esta noche? ¿No? Llenar una página no puede llevarle más de tres o cuatro minutos, si no se distrae. Eso da unas veinte páginas por hora. En cuatro o cinco horas puede tener listo un decente librito. Mañana hay asueto administrativo, así que puede dormir hasta tarde. ¡Y tiene doscientos pesos en el bolsillo!». El desaliento de Varamo se disolvió tan rápido como se había formado. ¿Tan fácil era? «Tengo tomadas algunas notas...», dijo.

«¡Entonces tiene la mitad del trabajo hecho! Y más que la mitad también. Transcriba las notas una a continuación de otra, uniéndolas con un comentario. Trate de no elaborarlas mucho, para que no pierdan inmediatez, que es lo mejor del estilo». Se movió inquieto en la silla, y ellos adivinaron su urgencia por empezar. «Vaya nomás. Nos vemos mañana al mediodía aquí. No se haga problemas por la ortografía, porque de eso se ocupan los tipógrafos».

Antes de levantarse, y como para prevenir un exceso de ansiedad, dijo que no sabía si podría ponerse a trabajar esa misma noche; quizás le convendría dormir y empezar al día siguiente fresco y renovado, porque ahora no se sentía muy bien. «Excusas. Ojo con la procrastinación, que tanto daño le ha hecho a la literatura. Hay que golpear sobre el hierro caliente». «Es que la cena me cayó mal». «¿Sí? ¿Qué comió? ¿No habrá comido alguna de esas bazofias empaquetadas?». «No, comí pescado, que preparó mi madre». No les dijo que era precisamente uno de los «animales pequeños» que él trataba de embalsamar. «¡Eso no puede haberle hecho mal, hombre! ¡El pescado es sano!». Contradiendo el apuro anterior, empezaron a contarle una historia de intoxicaciones masivas que había circulado muchos años atrás: una potencia de las que codiciaban el Canal antes de que estuviera terminado planeó la siniestra maniobra de envenenar a toda la población del país, al menos a la urbana, para tomar el poder bajo forma de protectorado en el caos consiguiente. El plan falló porque un inversionista desconocido compró todas las cajas de alimento envasado con el que iba a llevarse a cabo el envenenamiento, y las guardó. Antes de terminar de contarla, aun en este resumen mínimo, ya le estaban aclarando que no era una historia, por más que medio país siguiera convencido de su autenticidad, sino un mito. Y ya que estaban, como lección preliminar improvisada a su incipiente carrera de escritor, le describieron los elementos que conformaban este mito, y por equivalencia todos los mitos. Si él realmente quería escribir, ningún otro conocimiento le sería más útil. En primer lugar, estaba el verosímil temático: era verdad que las potencias tenían puestos los ojos en Panamá; la cantidad de hombres solos que habían acudido a trabajar en el Canal hacía que la comida fuera de verdad un problema; por esa época habían empezado a fabricarse de verdad comidas semipreparadas envasadas; y por último también era verdad que la especulación con mercaderías no percederas había florecido por ese entonces. Es decir que el material con el que se fabricaba la fantasía era la verdad. En cuanto a la materia narrativa del mito, su eficacia estaba en los temores a los que apuntaba y en la máxima distancia que lograra cubrir entre lo público y lo privado: el éxito de este mito consistía en enlazar una conspiración política internacional con algo tan doméstico como la comida. Y para que siguiera vigente más allá de su expansión inicial, debía ser el relato del origen de algo que persistiera. El mero fracaso de una empresa de envasado de comidas no habría bastado, ni tampoco la aparición inopinada en el país de las mujeres que prepararan la comida con provisiones frescas, pero sí la persistencia, más allá de los cálculos de la demografía, de esas mujeres, en una pirámide evolutiva

invertida..., aquí la cosa se ponía más difícil de seguir, sobre todo porque los tres caballeros, en su entusiasmo, estaban hablando a la vez, y haciendo diagramas en la mesa con la punta de los dedos... de modo que en el vértice, o sea en el presente, quedaba una sola mujer y junto a ella quedaba un solo hombre, pero por ser éste el inversionista de marras, y porque reconstruía el sentido de la palabra «inversión» (ya que el mito era una construcción de lenguaje), la pirámide se ponía al revés... Varamo, ya completamente perdido, asentía a todo con una sonrisa boba, pero estaba pensando que el supuesto a partir del cual le contaban todo esto era su juventud, y en realidad él no era joven: era contemporáneo de ellos, pero parecía mucho más joven, lo que podía adjudicar a su vida ordenada, a no haber formado una familia, a su tipo racial, y quizás también a su humildad (que no era tanto una virtud como el resultado natural de su ignorancia).

Cuando salió, iba decidido a ponerse a escribir de inmediato, sin pensarlo más (era como si ya hubiera pensado todo lo que había que pensar) y no veía el momento de estar en su casa, sentado a su mesa, poniendo manos a la obra. Con deliciosa anticipación gozaba de la media mentira que les había dicho a los editores: no había tomado notas preparatorias para ningún libro, pero en realidad tenía tal cantidad de notas que sentía el libro ya escrito; sólo necesitaba copiarlas, enlazarlas someramente, y dejarlas formar un libro. Había llegado la hora de recoger el fruto de su vieja manía inútil de conservar todos los papeles que cayeran en su poder. Y si se necesitaba algo más, como suponía que se necesitaba, por ejemplo un tono general que unificara ese material heteróclito, un impulso que lo cohesionara en un volumen único, también lo tenía, porque desde el primer momento había decidido adoptar el estilo de emisión y encadenamiento de las Voces, que después de las explicaciones de Caricias habían perdido su poder terrorífico y habían quedado reducidas a su función de musas incorpóreas y transmisión nocturna. Al pensar en la muchacha, recordó la cita que tenía con ella, al alba. Las horas que faltaban le daban el tiempo justo, y además pasar esas horas escribiendo era la solución ideal, porque si se dormía seguro que se pasaba y se despertaba al mediodía. La excitación del trabajo literario había disipado el sueño. Sería puntual, y le daría la sorpresa de haber mezclado todas las claves mejor de lo que ella podría haber supuesto que lo haría. Siempre se podían matar dos pájaros de un tiro. O tres. Porque sentía que ahora sí, sin proponérselo, había logrado cambiar los doscientos pesos malos por doscientos pesos buenos.

Pero cuando miró el reloj vio que faltaba un buen rato para la medianoche, y temió que le sobrara tiempo. Podía dar una vuelta en lugar de ir directo a su casa como había sido su primera intención. Le haría bien, para despejarse y reunir sus ideas, o más bien para dispersarlas productivamente. De cualquier modo tenía que dar un rodeo, si no quería pasar frente a lo de las Góngoras y tener un encuentro inoportuno. De modo que en la primera bocacalle torció hacia el centro, y dejó que sus pasos lo llevaran, mientras su cabeza se perdía en una agradable ensoñación. Esa misma noche (aunque ahora le parecía como si hubieran pasado años) se había

hablado de la posibilidad, o amenaza, de que Colón dejara de ser Colón, de que la ciudad se fuera de la ciudad, y él había temido quedar solo y segregado del mundo en el que había vivido siempre. Ahora, al ver abrirse a su alrededor la Colón nocturna, como una maqueta abstracta en negro y gris, los temores se hundían en el cielo lejano, para siempre. Mientras él no se fuera, la ciudad no se iba a ir. Nadie podría llevársela. Cuando escribiera, cosa que haría dentro de pocos minutos, cada frase sería un conjuro de la eternidad de Colón. Por una bocacalle lejana vio pasar un auto interrumpiendo la perfecta soledad, lento y a marcha tan constante como el arco de un astro, o el de la manecilla de un reloj. Debían de seguir partiendo en la carrera de regularidad. Un poco más allá vio otro, por otro lado y en dirección contraria. Su velocidad constante, sus trayectos entrecruzados, también actuaban en favor de la persistencia de la ciudad. ¿Qué podía la política contra esas geometrías? De pronto, en medio de su sublime distracción, desembocó en las explanadas de la plaza y tuvo ante la vista un gran panorama desierto, con la Luna encima, las palmeras inmóviles, los Ministerios oscuros y algún auto pasando en la soledad como un juguete a cuerda. No pudo creer que tuviera que perderse siempre ese espectáculo por estar durmiendo.

Éstos son los privilegios de un escritor, pensó con nostalgia retrospectiva.

Pero, hablando de escribir, ya debería estar poniendo manos a la obra. De aquí iría directo a su casa. Antes, ya que estaba, dio una vuelta por la plaza. Vacía de gente, no la reconocía. Las sombras inmóviles del claro de Luna la hacían más selvática, más salvaje. Se internó por los senderos, pensando en la magia de la inspiración. No era el único que estaba haciendo ese paseo por la plaza; sí el único humano, y el único que lo hacía pisando el suelo. Una bandada de pájaros negros con cabeza blanca evolucionaba a media altura, esquivando los troncos de las palmeras. No hacían el menor ruido, lo que daba a su vuelo un aspecto misterioso de pura visión; salvo que el susurro de sus alas se perdiera bajo el ronroneo sordo de los autos que cruzaban la ciudad; pero no parecía probable porque los motores, en su constancia y su lejanía, estaban fundidos con el silencio. A veces los pájaros pasaban encima de Varamo, y él se detenía y echaba atrás la cabeza para mirarlos. Iban todos juntos, pero no en formación cerrada, y al cabo de unos minutos vio que algunos se aislaban, o se separaban de a dos o tres, y hacían unos locos ochos y zetas muy bajo, o muy alto, sobre las copas de los árboles. Un poco más, y notó otra cosa. Aunque al principio esos recorridos aéreos le habían parecidos dibujos al azar, sin centro ni periferia ni forma, empezó a ver que había un punto en el que convergían siempre, y en ese punto se producía una detención fugaz, un descenso súbito, para proseguir el trayecto casi de inmediato, y más rápido que antes. Fue hacia allá para ver de qué se trataba. Cuando estuvo a medio camino vio que el punto de atracción era un arbusto al borde de un sendero; pero cuando llegó, coincidiendo con otra pasada de los pájaros, su presencia debió de asustarlos porque después de un revoloteo siguieron de largo. El arbusto no tenía nada de especial; no entendía qué podía atraerlos en él. Se apartó al otro lado del sendero, se sentó en un banco y se quedó lo más quieto que



pudo. La maniobra surtió efecto porque en el siguiente giro los pájaros se precipitaron, y entonces sí comprendió lo que hacían: desde el aire, sin posarse, como los colibríes (aunque estaban lejos de ser colibríes, más bien parecían gallitos de monte) balanceaban las cabezas blancas y le tiraban veloces picotazos, uno sólo cada uno, a un grueso punto rojo pinchado en una rama. Era el dulce que él mismo había abandonado ahí esa tarde. Le asombró la delicadeza con la que los pájaros trataban la golosina. Un solo picotazo habría bastado para arrancar el dulce de la rama, pero ellos por lo visto se limitaban a picar un punto nada más, por consideración a los demás; era un comportamiento muy raro porque sólo lo habría explicado un instinto de la especie, y un hallazgo tan casual como el de ese dulce no podía producir las extensas cadenas intemporales del instinto. Era lo particular floreciendo en lo universal (ese malvavisco gelatinoso, ahora todo agujereado, parecía de veras una flor, y su carmín irradiaba). A Varamo le pareció una interesante y poética experiencia «de escritor». Ahora para él todo era «de escritor». Veneno o elixir, narcótico o afrodisíaco, fuera lo que fuera, ese resto diurno de las andanzas del escritor que no sabía que era escritor, del falsificador malgré lui que dejaba sus huellas cifradas, los pájaros venían a probarlo en una danza sin testigos, y alzaban vuelo hacia la Luna. El reloj de la catedral dio las doce. Varamo se fue a su casa.

Lo demás es historia conocida; al menos tan conocida como lo es el poema, que no es de los que les hacen aprender de memoria a los escolares, ni eligen las recitadoras de Juegos Florales; pero abundan las reediciones, y cualquiera que se lo proponga puede leerlo. Ahí terminó la aventura de Varamo. Se sentó, y lo escribió. Es cierto que el verbo «escribir» admite muchas variantes en su puesta en práctica. En este caso el autor se limitó a copiar todos los papeles que se había metido en el bolsillo desde que saliera del Ministerio esa tarde; lo hizo de modo puramente acumulativo, sin puntuación ni divisiones, sin más orden que el sucesivo, en líneas irregulares (la idea de la prosa, ese refinamiento de las viejas civilizaciones, le era por completo ajena). El orden fue el del azar. Usó como esquema básico el cuaderno de claves, y fue alterando éstas con la reproducción literal de las demás anotaciones. Lo benefició haber recibido dos instrucciones contradictorias, a las que se atuvo con providencial obediencia de principiante: la de Caricias de modificar las claves dadas hasta hacerlas irreconocibles, y la de los editores de respetar el material previo.

El resultado fue su célebre poema; salvo que no fue exactamente un resultado, sino que más bien volvió resultado lo que lo había precedido. Produjo una especie de automatismo o fatalidad mutua, por la que causa y efecto intercambiaron sus lugares y se volvieron la misma historia. Lejos de aminorar su vigor inaugural, este círculo lo acentúa. Por otro lado, siempre es así. Si una obra deslumbra por su innovación y abre caminos inexplorados, el mérito no hay que buscarlo en la obra misma sino en su acción transformadora sobre el momento histórico que la engendró. La novedad vuelve nuevas sus causas, las hace nacer retrospectivamente de ella. Si el tiempo histórico nos hace vivir en lo nuevo, el relato que pretende dar cuenta del origen de la

obra de arte, es decir de la innovación, deja de ser un relato: es una nueva realidad, y a su vez la misma de siempre y de todos. Los que no crean, no tienen más que ir a ver con sus propios ojos.

*15 de diciembre de 1999*



Nacido en 1949 en Coronel Pringles, una ciudad de la provincia de Buenos Aires, César Aira se instala, en 1967 en el porteño barrio de Flores, espacio muy presente en su escritura. Ha dado cursos, por ejemplo, sobre Copi y Rimbaud (en la Universidad de Buenos Aires) o sobre Constructivismo y Mallarmé (en la Universidad de Rosario). Desde 1992 viene a publicar anualmente de dos a cuatro libros de unas cien páginas de extensión. *Cómo me hice monja* (1993), fue elegida por el diario español El País como uno de los diez libros de ficción del año y le proyectó en medios literarios más amplios. Este prolífico protagonista de las letras argentinas es tanto traductor de varias lenguas (así, del francés, Saint Exupéry o J. Potocki), como novelista y narrador breve, dramaturgo y ensayista. Escribe en muy diversos diarios y revistas, generalmente breves, sobre los autores más dispares. Desde hace años ha sido editado en España, México y Venezuela, y ha sido traducido en Brasil, Francia, Inglaterra, Italia. Recibió una beca Guggenheim en 1996.